

ZORRILLA Y MORAL, JOSÉ (1817-1893)

TRAIDOR, INCONFESO Y MÁRTIR

Drama histórico

PERSONAJES

DOÑA AURORA.

GABRIEL ESPINOSA.

DON RODRIGO DE SANTILLANA, *alcalde de casa y corte.*

DON CÉSAR DE SANTILLANA, *capitán de jinetes del primer tercio de Flandes.*

UN ESCRIBANO.

SOLDADOS.

OTROS CRIADOS.

ARBUÉS.

BURGOA Y NAO D'ANDRADE.

EL MARQUÉS DE TAVIRA.

EL DOCTOR N.

ALGUACILES.

UN CRIADO DE BURGOA.

La escena en los dos primeros actos pasa en una posada de Valladolid; y el tercero, en Medina del Campo, en el año de 1594 de N. S. J. C.

ACTO I

Antesala en una posada de Valladolid. Puerta en el fondo, que da al exterior. Dos a la izquierda, que dan al interior. Ventana a la derecha.

Escena I

BURGOA, que aparece; un CRIADO que sale por el fondo.

CRIADO

Señor amo.

BURGOA

¿Qué hay?

CRIADO
Un hombre.

BURGOA
¿Qué quiere?

CRIADO
Veros.

BURGOA
Que pase.

CRIADO
Entrad aquí, seor hidalgo.

Escena II

BURGOA; el MARQUÉS, embozado.

MARQUÉS
Buenas noches.

BURGOA
Dios le guarde.

MARQUÉS
¿Eres tú el huésped?

BURGOA
Yo soy.

MARQUÉS
¿Luis Burgoa?

BURGOA
Y Nao d' Andrade.

MARQUÉS
¿Portugués?

BURGOA

Lo canta el nombre:
de Alfontes, en el Algarbe.

MARQUÉS
Paisanos somos.

BURGOA
¿Sois vos
también?...

MARQUÉS
Escúchame y cállate.

BURGOA
Callo y escucho.

MARQUÉS
Esta noche
vendrá a pedir hospedaje
en esta posada un hombre,
cuyas señas voy a darte
para que no le equivoques.
Edad, cuarenta años; traje
negro, cabello rapado,
barba crecida, semblante
pálido, mirada de águila,
sonrisa triste, andar grave.

BURGOA
Con tantas señas, señor,
que le equivoque no es fácil.

MARQUÉS
Aún faltan más; una dama
en su compañía trae
de apenas diecisiete años,
y haciendo veces de paje,
viene sirviéndoles a ambos
un veterano de Flandes,
en quien, por más que se afana
por tosco labriego en darse,
se revelan a la legua
las costumbres militares.
Lo mismo sea sentirles
a tus puertas acercarse
con luz y sombrero en mano

saldrás hasta los umbrales;
mandarás de sus caballos
cuidar, y sus equipajes
subir a los aposentos
mejores que puedas darles.
Los servirás a su antojo
los más sabrosos manjares
y los vinos más añejos,
y entre tanto que ocuparen
cuarto en tu posada, en ella
no recibirás a nadie.
Yo toda entera la alquilo
para ellos. Ahí va parte
del gasto que hacerte puedan.
Cuando esa suma se acabe
te rellenaré esa bolsa;
lo que sobre, para gajes
del huésped y de los mozos.
Adiós y silencio, Andrade.

BURGOA

Un momento, caballero.
¿Y si ese hombre preguntare
quién paga su gasto?

MARQUÉS

Nada
digas.

BURGOA

¿Y si se obstinare
en saberlo?

MARQUÉS

Guardarás
silencio; y la cuenta al darme
tu silencio y sus porfías
pondrás como cantidades
en guarismos, y yo sólo
veré las sumas totales.
Pero ten cuenta, Burgoa,
porque el oro que aquí ganes
crecerá con tu prudencia
y te se irá con tu sangre;
porque indiscreciones de oro
con hierro es bien que se atajen,

y fortuna que se canta
siempre se la lleva el aire.

BURGOA
Señor...

MARQUÉS
Adiós, que no quiero
que aquí, si llegan, me hallen.

(Vase.)

Escena III

BURGOA; después, DON CÉSAR.

BURGOA
¡Aventura más extraña!
Alguna apuesta; algún lance
de amor; pero ¿qué me importa
a mí? Lo que es indudable
es que el bolsillo está lleno
de doblillas: ¿para gajes
las que sobren? ¡Bah! Lo menos
ciento por veinte. Adelante.

CÉSAR
(Saliendo.)
Buenas noches.

BURGOA
¿Qué se ofrece?

CÉSAR
Hablar con el dueño.

BURGOA
Habladle.

CÉSAR
¿Eres tú?

BURGOA
Yo mismo.

CÉSAR
¿Estamos
solos?

BURGOA
Sí.

CÉSAR
Atento estáme.
Tres personas a tu puerta
vendrán muy pronto a apearse:
un hombre galán, de pálido
rostro y de noble talante,
una dama tan hermosa
como pintan a los ángeles,
y un escudero que tiene
mezcla de asistente y paje.
Dales lo mejor que tengas,
como a príncipes regálales;
lo que no poseas, cómpralo
y en el precio no repares.
Ahí tienes doscientos pesos
en oro: cuando los gastes
en su servicio, me pides
más, y si sobran, por gajes
te los embolsas, con ceros
sumas y cuentas cabales.

BURGOA
Caballero, perdonad,
pero habéis llegado tarde.

CÉSAR
No te entiendo.

BURGOA
Un embozado
que salía cuando entrabais
os ha ganado la mano,
y para esos personajes
por quien os interesáis,
con palabras semejantes,
a las vuestras ha alquilado
y pagado el hospedaje
de mi casa con el oro

de este bolsillo: miradle.

CÉSAR

¿Y quién era ese embozado?

BURGOA

No le conozco.

CÉSAR

¿Su traje,
su porte ni sus palabras
indicios no pueden darte
de quién sea?

BURGOA

No, señor
militar; ni su semblante
vi jamás, ni haber oído
recuerdo en ninguna parte
su voz.

CÉSAR

¿Es joven o viejo?

BURGOA

¿No le habéis visto?

CÉSAR

En la calle
estaba ya cuando yo
llegaba a tu puerta, y casi
no puse atención en él.

BURGOA

¡Es un señor respetable,
de barba gris, noble y rico.

CÉSAR

¿Noble y rico? ¿De qué sabes
que lo es si no le conoces?

BURGOA

Dan en él lo muy bastante
a conocer la riqueza
su oro y su modo de darle:
y la nobleza, además

de su tono y de sus frases,
el aroma que se exhala
de su valona y sus guantes.

CÉSAR

Pues, señor, ¡cómo ha de ser!
Dijiste bien: llego tarde.
Restame, pues, solamente
mis ofertas reiterarte:
emplea ese oro a gusto
de quien le da, y lo que falte
yo lo abono; y a otra cosa,
que el tiempo vuela. Melquiades,
(Asomándose a la puerta.)
acomoda los caballos
en la cuadra.

BURGOA

Dispensadme,
capitán: no puede ser.

CÉSAR

¿Por qué?

BURGOA

Porque no hay vacante
un solo pesebre en ella.

CÉSAR

Pues en ese caso dame
un cuarto a mí y una cama,
y que se vaya Melquiades
con los caballos.

BURGOA

Tampoco
puedo servirlos.

CÉSAR

¡Bergante!
¿Intentas burlas conmigo?

BURGOA

¡Dios me libre de burlarme
de tan gallardo mancebo!
Mas tengo orden terminante

de aquel embozado incógnito
de no recibir a nadie
por esta noche en mi casa
más que a ellos. Excusadme,
pues, capitán.

CÉSAR

Pues entonces

(Se sienta.)

dame un bocado que el hambre
me satisfaga, y un trago
que me remoje las fauces.

BURGOA

Señor, todo está comprado
y nos cansamos en balde.
Pues que por esos viajeros
os interesáis, dejadles
libre la casa, y no hagáis
que yo a mi palabra falte.

CÉSAR

El caso es que a mí me importa
en esta casa quedarme
por esta noche y es fuerza
que me quede.

BURGOA

Pues en grave
compromiso me ponéis
si os quedáis, y por mi parte,
por cuantos medios me ocurran
estoy dispuesto a evitarle.

CÉSAR

¿De modo que te propones
en la plazuela plantarme
en una noche como ésta,
con frío tal, oro y hambre?

BURGOA

Sí, señor.

CÉSAR

¿Sin mas razones?

BURGOA

Os llevo dadas bastantes.

CÉSAR

Pues, señor, lo siento mucho;
mas fuerza es que te se alcance,
pues no eres tonto, que cuando
muestro empeño semejante
en hospedarme en tu casa,
no vine para marcharme
de ella otra vez despedido
como un buhonero errante.

BURGOA

Pues mirad cómo ha de ser.

CÉSAR

Así: toma y lee si sabes.
(Le da un papel.)

BURGOA

¿Y qué es esto?

CÉSAR

Lee.

BURGOA

(Leyendo.)

«Dará

Luis Burgoa Nao d'Andrade
alojamiento en su casa,
número dos de la calle
de la Antigua, al capitán
del primer tercio de Flandes
don César de Santillana
con seis jinetes».

CÉSAR

Cabales.

Burgoa, en nombre del rey
vas a ofrecerme de balde
lo que por oro me niegas.

BURGOA

La boleta haré que os cambien
a cualquier costa.

CÉSAR

Será

trabajo inútil: es tarde.

BURGOA

No importa: tengo dineros

y muy buenas amistades

hoy en el Ayuntamiento.

CÉSAR

Pues, Burgoa, no las canses

inútilmente esta noche;

porque, a más de que es mi padre

juez de la chancillería

y de casa y corte alcalde,

tengo seis hombres abajo

y un escudero, incapaces

de obedecer otras órdenes

que las que yo quiera darles,

que del umbral de la puerta

no permitirán que pases.

Conque cede a mis razones,

que son, a fe, terminantes,

y dame luz, cena y cuarto,

que con ese personaje

misterioso, seré yo

solamente el responsable

de todo, en nombre del rey.

BURGOA

Callo al rey.

CÉSAR

Y muy bien haces,

que contra el rey nadie es cuerdo

en oponerse. Melquiades,

toma luz y desensilla

a Bayardo; a acomodarme

voy en algún cuarto bajo

para que cuando llegaren

esos huéspedes, en casa

ya pagada no me hallen.

BURGOA

Capitán, pues no hay remedio,

yo os ruego con la más grande
humildad que os alojéis
en una sala que cae
al huerto que tengo a espalda
de la casa.

CÉSAR

Que me place
te digo el alojamiento.
Vamos allá.

BURGOA

Hacia esta parte
(Los dos a la puerta.)
y en el fin del corredor
veréis una puerta grande
que da sobre otra escalera.
Tomad el farol que arde
en el descanso; bajadla,
y Andrés os dará la llave
de vuestro cuarto, y decidle
que a vuestras gentes os llame.
Yo os enviaré buena cena
y fuego.

CÉSAR

Dios te lo pague.

(Vase.)

Escena IV

BURGOA; después, DON RODRIGO.

BURGOA

Santillana y capitán,
y de los tercios de Flandes,
y con la boleta en regla
y espada de gavilanes,
¿quién le resiste? El incógnito
se hará cargo del percance,
y tendrá su compañía
que sufrir y resignarse.
Contra el rey nadie es valiente.

RODRIGO
¡Ah de esta casa!
(Entrando.)

BURGOA
Adelante.

RODRIGO
¿Sois el dueño de ella?

BURGOA
Soy
Luis Burgoa.

RODRIGO
Dios le guarde.

BURGOA
Mil gracias; lo mismo digo.
¿Qué se ofrece?

RODRIGO
Que oiga y calle.
Esta noche a esta posada
vendrá un viajero a apearse
con una dama encubierta
y un escudero; hospedadles
con mucho agrado y servidles
sin dudar cuanto demanden;
su gasto corre por cuenta
del rey; y desde el instante
en que vuestra casa ocupen,
de ellos, de sus equipajes
y cuanto les pertenezca
seréis vos el responsable.
Dejaréis entrar a todos
los que por él preguntaren.
A todos, quienquiera que fueren;
mas no dejaréis a nadie
volver a salir. Abajo
tenéis unos militares
alojados, y las órdenes
competentes voy a darles
para que os presten auxilio
y en caso de apuro guarden

las puertas; conque silencio
y adiós; volveré más tarde.

BURGOA

Señor, vuestra autoridad
sea cual fuere, excusadme
que os pregunte a quién la honra
tengo de hablar.

RODRIGO

Al alcalde
Rodrigo de Santillana.

BURGOA

¡Jesucristo!

RODRIGO

Dios le guarde.

Escena V

BURGOA

¡Dios nos asista! Con un
Santillana era bastante
para su mal; pero ¿juntos
el capitán y el alcalde
pisándoles los talones?
Ya, ya están frescos los tales
viajeros. Los Santillanas...
Raza de réprobos; aves
de mal agüero; golillas
todos; búhos de las cárceles
y de las horcas, que sólo
pronosticar pueden males.
Santillanas..., ¡fuego en ellos
y en quien a casa los trae!
No hay portugués que no tenga
con ellos cuenta. Mas baste,
que Dios dirá. Gente llega.
¡Andrés!

(Al ir a entrar por el fondo, sale ARBUÉS de viaje, enlodado.)

Escena VI

BURGOA, ARBUÉS.

ARBUÉS

No hay que incomodarse,
patrón: somos gente llana
mis amos y yo, y a nadie
gustamos de dar que hacer.
¿Hay aposentos capaces,
limpios y con buenas camas
para una dama, su padre,
su escudero y dos criados?

BURGOA

Sí, señor, los hay; y tales
que no habrá en palacio muchos
que en lo limpio les alcancen.

ARBUÉS

Pues poned en uno luces
para la dama.

BURGOA

Que bajen
voy a mandar por los trastos
que traigáis.

ARBUÉS

Que no se cansen
vuestros mozos; ya los nuestros
suben con los equipajes
(Suben los mozos con baúles.)
¿Dónde los pondrán?

BURGOA

Allí,
en esos cuartos.

ARBUÉS

(A los mozos.)
Llevadles,
pues.

BURGOA

¿Y la dama?

ARBUÉS

Se está
despidiendo de su padre.

BURGOA

Pues qué, ¿no se queda en casa
con ella?

ARBUÉS

Sí; mas tiene antes
que entregar unos breviarios
a un primo suyo, que es fraile
en San Pablo, y tardará
tal vez; mas no hay que esperarle.

BURGOA

Marta, Ginés, a esa dama
alumbrad.

ARBUÉS

Ya llegan tarde,
patrón.

(Sale DOÑA AURORA.)

BURGOA

¡Qué! ¿Sin aguardar
que la sirvan?...

ARBUÉS

Si es más ágil
que un lancero, y nunca se anda
con cumplimientos.

Escena VII

ANDRÉS, BURGOA, DOÑA AURORA.

BURGOA

(Buen talle,
garboso andar y ¡qué hermosa!
Dijo bien cuando a los ángeles

la comparó el capitán.)

AURORA
¿Sois el huésped?

BURGOA
Ordenadme,
señora: yo soy.

AURORA
¿Hay fuego
en mi aposento?

BURGOA
Y bujía;
y puede vueseñoría
disponer de él desde luego
y de toda mi posada.
Os mandaré a mi mujer
que os sirva.

AURORA
No es menester;
yo me sirvo sola y nada
necesito. ¡Arbués!

ARBUÉS
¿Señora?

AURORA
Cuando vuelva, aunque sea tarde,
me avisarás.

ARBUÉS
A la hora
en que llegue.

AURORA
Dios os guarde.
(A BURGOA.)

BURGOA
¿Tomaréis un refrigerio,
un tentempié, para abrigo
del estómago?

AURORA
¿No os digo
que nada quiero?
(Vase por la izquierda.)

BURGOA
¡Qué imperio!

Escena VIII

ARBUÉS, BURGOA.

BURGOA
¿Y vos no cenáis?

ARBUÉS
Poco ha
que comimos y costumbre
no tenemos.

BURGOA
A la lumbre
podéis venir, que la habrá
buena en el hogar.

ARBUÉS
No tengo
frío; podéis sin reparos
cuando queráis acostaros;
porque mi amo, os lo prevengo,
de que le sirva no gusta
nadie más que yo, que sé
su mañas.

BURGOA
Tenéis, a fe,
buen trabajo.

ARBUÉS
¡Bah! Se ajusta
cada cual al que lo toca
en esta vida; yo estoy
a su servicio y le doy
cumplimiento... y punto en boca,

que tengo sueño. Dejad
la llave a mano y a abrir
bajaré, cuando venir
le sienta; que echen mandad
pienso a los caballos; yo
de este sillón haré lecho.

BURGOA
¿Dormiréis ahí?

ARBUÉS
¿Pues no?
Es costumbre y ya estoy hecho.

BURGOA
Pues para cuando me acueste
ahí queda la llave, y vos
os gobernaréis.

ARBUÉS
Adiós,
pues.

BURGOA
Descansad. (¡Mala peste
me coja si yo me acuesto
sin ver a ese hombre quedar
dentro de casa!)

(Vase.)

ARBUÉS
Cerrar
no está de más.
(Cierra la puerta del fondo.)

Escena IX

ARBUÉS; después, DON CÉSAR.

ARBUÉS
En mi puesto
heme ya.
(Se sienta en el sillón y llaman a la puerta del fondo.)

Han llamado.

CÉSAR
¿Arbués?
(Dentro.)

ARBUÉS
¿Por mi nombre? ¿Quién será?..

CÉSAR
¿Alférez Arbués?

ARBUÉS
¿Quién va?

CÉSAR
Abre a un amigo.

ARBUÉS
¿Quién es?

CÉSAR
El capitán Santillana.

ARBUÉS
¿Don César?

CÉSAR
Sí; date prisa,
Arbués, que nos interesa.

ARBUÉS
¡Válame la soberana
(Abre.)
Virgen! ¡Vos, mi capitán!

CÉSAR
No malgastemos, Arbués,
nuestro tiempo.

ARBUÉS
Hablad: ¿qué hay, pues?

CÉSAR
Las bocacalles están
tomadas alrededor

y conmigo hay seis soldados
en esta casa apostados.

ARBUÉS
¿Y qué?

CÉSAR
Que es a tu señor
a quien buscan. Si Gabriel
los umbrales de ella pasa,
Arbués, dentro de esta casa
todos sois presos con él.

ARBUÉS
No os dé pena, capitán;
mi amo, que lo sabe todo,
de hacer encontrará modo
inútil todo este afán.

CÉSAR
El asunto no es materia
de chanzas; en la partida
sé yo que le va la vida.

ARBUÉS
¡Diablo!

CÉSAR
La cuestión es seria.
Registrarán su equipaje
y hasta su misma persona;
y si razón no le abona
terminante, aquí su viaje
concluye, porque al misterio
de su vida dar alcance
quiere el rey.

ARBUÉS
¿El rey?

CÉSAR
El lance
ves que no puede más serio
ser. Mi padre don Rodrigo
me ha encomendado su guarda,
diciéndome que le aguarda

pronto y ejemplar castigo.
Hasta ahora, a lo que creo,
de sus poderes abusa
la justicia, pues le acusa
a ciegas su buen deseo.
Mas he oído una expresión
que, a probarse con certeza,
le va a costar la cabeza,
sea impostura o ambición.
Óyeme ahora. El destino,
por su bien o por mi mal,
me une a su sino fatal
y me arroja en su camino.
Instinto y veneración
por él en mi pecho ruegan,
y por Aurora me ciegan
cariño y adoración.
En el nombre de la ley
a espiarle a Madrigal
me enviaron, y cumplí mal
con las órdenes del rey.
Desde Madrigal os sigo.

ARBUÉS

Lo sabíamos.

CÉSAR

Tiempo es
de que sepamos, Arbués,
a qué atenernos. Conmigo
es preciso que Gabriel
hable esta noche. Es forzoso
que este arcano misterioso
penetre a la par con él.
Hay de un misterio tremendo
en su existencia la duda;
siempre me tendrá en su ayuda,
mas que se explique pretendo.
Yo quiero de cualquier modo
salvarle; quiero que a prueba
ponga mi fe y que me deba
su porvenir; en fin, todo
quiero comprenderlo, y sea
quien fuere, noble o villano,
vil traidor o soberano
coronado, que en mí vea

un fiel amigo, un apoyo
presto a dividir con él
desde el sitio de un dosel
hasta de la tumba el hoyo.

ARBUÉS

Que os ciega amor bien se ve.

CÉSAR

Arbués, si su amor merezco
y si mi mano la ofrezco...

ARBUÉS

No la admitirá.

CÉSAR

¿Por qué?

ARBUÉS

Porque es Espinosa un hombre
que no quiere que se una
ni hombre alguno a su fortuna,
ni nombre alguno a su nombre.

CÉSAR

Yo los males que le afligen
acepto y sus opiniones
sin pedir de ellas razones.
Y si ocultarme su origen
les importa, nunca el nombre
preguntaré de mi esposa;
sea honrada y cariñosa
y nada habrá que me asombre.

ARBUÉS

Estáis loco, capitán;
¿Queréis con un pastelero
emparentar?

CÉSAR

Arbués, quiero
salir de una vez de afán.
Te he dicho que mi destino
me lleva tras de Gabriel.

ARBUÉS

Pues es fuerza que huyáis de él;
echad por otro camino.

CÉSAR
¡Arbués!

ARBUÉS
Yo sé lo que digo.
Vuestro ayo fui; soy ya viejo
y daros puedo un consejo;
tomadle, que es de un amigo:
cumplid vuestra obligación
sin tropezar con Gabriel,
y el misterio que hay en él
dejad en su corazón.
Para vuestro amor, de roca
será su alma, y recelo
que no os dará ni consuelo
ni satisfacción su boca.

CÉSAR
Pues qué, ¿hace ese hombre un agravio
impunemente?

ARBUÉS
Lo que hace
no sé, mas no satisface
jamás.

CÉSAR
Pues bien, si su labio
satisfacción no me da,
yo le haré que hable sin gana
con mi acero.

ARBUÉS
Santillana,
en silencio os matará.

CÉSAR
¿A mí?

ARBUÉS
Tal creo en conciencia.

CÉSAR

¿Tiene algún filtro Gabriel?

ARBUÉS

No, mas acaso con él
pelea la omnipotencia.
Don César, tened a raya
vuestra locura y tomad
mi consejo: abandonad
la senda por donde él vaya.

CÉSAR

No puedo.

ARBUÉS

Una indiscreción
muy sandia sé que cometo,
mas voy a ser indiscreto
porque os tengo obligación.

CÉSAR

Habla, habla.

ARBUÉS

Ese Gabriel
Espinosa, el pastelero,
tiene más de caballero
que lo que aparenta él.
Tres años ha que le sigo
de su favor obligado,
que honra y vida me ha salvado
y más que dueño es mi amigo.

CÉSAR

Pero ¿quién es?

ARBUÉS

Voy a ello.
Quién es... sábenlo él y Dios.
Cuanto sé yo de él vais vos
a saber; mas bajo un sello
guardadlo siempre.

CÉSAR

Concluye.

ARBUÉS

Escuchad, pues, lo que sé,
y vos veréis de él, a fe,
si en pro o en contra os arguye.
Él sabe todas las leyes,
cuenta todas las historias,
los desastres y las glorias
de los europeos reyes.
Él conoce los blasones
como un rey de armas; él mide
las noblezas; él decide
sobre razas y opiniones;
y tales fuerzas alcanza
que con precisión certera
monta un potro a la carrera
y hace astillas una lanza
en el aire.

CÉSAR

¡Jesucristo!

Eso se cuenta también

de Don...

(ARBUÉS le tapa la boca con la mano.)

ARBUÉS

No digáis de quién;

De él yo lo cuento, y lo he visto.

Y, en fin, os diré un secreto:

¿conocíais a Quiñones,
el teniente de dragones?

CÉSAR

Sí.

ARBUÉS

Sabéis que era el respeto

de los diestros en la esgrima,

porque jamás estocada

le hirió, mientras que su espada

veinte muertes le echó encima.

CÉSAR

Sí.

ARBUÉS

No ignoraréis que muerto

en Madrigal se le halló;

pues bien, Gabriel le mató
riñendo.

CÉSAR
¿Cierto?

ARBUÉS
Tan cierto,
capitán, como es de noche.
De Gabriel en la hostería
con el, teniente comía
yo una tarde, cuando un coche
paró a sus puertas, y de él
un embozado bajando
se entró hasta allí preguntando
si estaba en casa Gabriel.
Salió éste; y el forastero,
que ser mostraba en su porte
un gran señor de la corte,
llevó la mano al sombrero
al ir a hablarle; Quiñones,
de quien sabéis la insolencia,
con aquella impertinencia
peculiar de los matones,
dijo: «¡Hola! ¿Esas tenemos?».
Mas no bien le oyó Gabriel,
cuando viniéndose a él
le asió por los dos extremos
del collarín del colete
diciendo: «¡Hola, seor espía!
¡Yo os haré, por vida mía,
que me guardéis el secreto!».
Y con muñeca de hierro
zarandeándole de un lado
a otro, le echó derribado
bajo el banco como a un perro.
El teniente, puesto apenas
en pie, echó mano al acero
yéndose hacia el pastelero,
quien con miradas serenas
y voz grave e imperiosa
nos dijo: «Echémonos fuera».
Y echamos por la escalera
los tres en pos de Espinosa.
Detrás de unos paredones
que hay debajo del camino

paróse; fue su padrino
el otro, y yo el de Quiñones.
Capitán, juro a mi honor
que no he visto tal destreza
jamás, ni tanta firmeza,
serenidad y valor.
Era un maestro el teniente,
pero a las cuatro paradas
tenía tres estocadas;
rugía de ira y valiente
atacaba; mas escrito
debió estar: tendióse a fondo
Gabriel y cayó redondo
Quiñones sin dar un grito.

CÉSAR
¿Y Espinosa?

ARBUÉS
Ni un rasguño
sacó; en silencio su espada
limpió, que estaba manchada
de sangre hasta el mismo puño,
y envainándola con calma
nos dijo: «Quede lo hecho
sepultado en nuestro pecho,
y que Dios perdono su alma».
Y volviéndonos a entrar
otra vez en la hostería,
no ha vuelto desde aquel día
a Quiñones a mentar.
Ahora, señor Santillana,
pues sabéis que hondo cariño
os cobré desde muy niño
y os guardo afición cristiana,
creed a un amigo viejo:
por delante de Gabriel
pasad sin topar con él;
y agradecedme el consejo.

CÉSAR
Es tarde, y retroceder
no quiero. Resuelto a todo
vengo y de uno u otro modo
esta noche le he de ver.

ARBUÉS

Yo no os lo puedo impedir;
pero hacéis mal, os lo advierto.

CÉSAR

Más quiero por él ser muerto
que sin Aurora vivir.

ARBUÉS

Allá os las hayáis.

AURORA

(Dentro.)

¡Arbués!

ARBUÉS

Pronto, marchaos; es ella.

AURORA

¡Arbués!

(Dentro.)

(ARBUÉS quiere obligar a DON CÉSAR a irse.)

CÉSAR

Déjame la huella
besar de sus castos pies.

ARBUÉS

¡Capitán!

Escena X

DOÑA AURORA, DON CÉSAR, ARBUÉS.

AURORA

Oyendo estoy

(Saliendo.)

a Arbués hablar ha una hora.

¿Es mi padre?

CÉSAR

No, señora.

AURORA
¡El capitán!

CÉSAR
Sí, yo soy.

ARBUÉS
Ver al señor pretendía.
Le dije que ausente estaba;
insistía él, porfiaba
yo, y por eso se oía
hablar aquí, doña Aurora.

AURORA
Anduviste descortés
con el capitán, Arbués.

ARBUÉS
Vuestro padre...

AURORA
Sin demora
me debiste de avisar
de su llegada, y al punto
saliera yo.

CÉSAR
Sea asunto
concluido; él atajar
debió mi imprudente paso.

AURORA
Si vos salís en su abono,
yo su falta le perdono.
Sal.
(A ARBUÉS, que se va.)

Escena XI

DON CÉSAR, DOÑA AURORA.

AURORA
¿Puedo saber acaso
la causa que aquí os obliga

a presentaros ahora?

CÉSAR

Es un secreto, señora;
perdonad que no os le diga
Confíarle sólo debo
a vuestro padre.

AURORA

En tal caso...
(Retirándose.)

CÉSAR

Aguardad.
(Deteniéndola.)

AURORA

Decid.

CÉSAR

Acaso
vais a enojaros.

AURORA

Me atrevo
a esperar de vuestro honor
que no me osará decir
nada que no pueda oír
sin peligro o sin rubor.

CÉSAR

Nada, señora. ¡Yo os juro
por la honra en que nací,
que nada oiréis de mí
que no sea noble y puro!

AURORA

Hablad, pues.

CÉSAR

Que fui sospecho
torpe por demás, señora,
si no habéis visto hasta ahora
el arcano de mi pecho

AURORA

¿Cómo queréis que comprenda
secretos que en él guardáis
si no me los reveláis?

CÉSAR

Si en los ojos una venda
de indiferencia y rigor
no os hubierais puesto, Aurora,
me ahorrarais hacer ahora
la relación de mi amor.

AURORA

¿Conque amáis?

CÉSAR

Con frenesí.

AURORA

Pues ¿y a quién?

CÉSAR

A un ángel.

AURORA

¡Oh!

¿Y os paga?

CÉSAR

Creo que no.

AURORA

¿Lo sabe?

CÉSAR

Creo que sí.

AURORA

¿Se lo habéis dicho?

CÉSAR

Jamás.

AURORA

¿Por qué?

CÉSAR

Porque es mi pasión
más que amor, veneración;
idolatría quizás.
Es un amor que no tiene
en su vil naturaleza
un átomo de impureza;
amor que del cielo viene.
Es un innato cariño,
tan casto como profundo,
tan inmenso como el, mundo,
tan puro como el armiño.
Sin otro bien, ni otro dueño,
ni más afán, ni más guía
en la tierra, noche y día,
con él vivo, con él sueño.
Un amor sublime, santo,
mas tan tirano, tan fiero,
que sus fuerzas considero
a mis solas con espanto;
porque no hay ley, no hay deber
que pueda mi corazón
al poder de mi pasión
con ventajas oponer.
Si la que amo me dijera:
«Sé traidor: véndete esclavo»,
mi fe llevando hasta el cabo
me infamara y me vendiera.

AURORA

¡Jesús, qué amor tan horrendo!
¿Dónde adquirido lo habéis?

CÉSAR

¿Os reís?

AURORA

¿Pues qué queréis,
si os estáis contradiciendo?

CÉSAR

¿Dó está la contradicción?

AURORA

¡Pues ahí es nada! ¿Un cariño
tan puro como el armiño,
una sagrada pasión

de cuyo infernal poder
creéis que os llegue a obligar
vuestro rey a abandonar,
la libertad a vender?

CÉSAR

Sin vacilar un momento.

AURORA

¿Porque una mujer os ame
consentís en ser infame,
traidor y esclavo?

CÉSAR

Consiento.

AURORA

Haceos un poco atrás.

CÉSAR

¿Por qué?

AURORA

Esa pasión que tanto
ponderáis, más que amor santo,
es amor de Satanás.

CÉSAR

¡Infeliz del corazón
que tal amor no comprende!

AURORA

Más lo es en el que se enciende
la llama de tal pasión.

CÉSAR

¡No os mofarais de ella así
si la comprendierais, no!

AURORA

¿Y quién os dice que yo
no guardo ese amor en mí?

CÉSAR

¡Vos!
(Sorprendido.)

AURORA
Don César, sólo Dios
amor tan ciego merece.

CÉSAR
Amor es Dios y enloquece.

AURORA
Y loco estáis.

CÉSAR
¡Ah! Por vos.
(Se arrodilla.)

AURORA
¡Insensato!

CÉSAR
Por vos, sí;
yo os amo, Aurora, os adoro.

AURORA
¿Pues creéis que yo lo ignoro?

CÉSAR
¡Cielos!
(Alzase del suelo, acercándose a AURORA.)

AURORA
No lleguéis a mí.
(Apartándose.)

CÉSAR
¿Me rechazáis?

AURORA
¡A fe mía!
Yo acepto vuestro respeto,
mas no quiero ser objeto
de una torpe idolatría.
No soy más que una mujer,
y del Criador hechura;
sólo como criatura
estimada quiero ser.

CÉSAR

Esas palabras, Aurora,
que una esperanza me dan...

AURORA

Si tal creéis, capitán,
olvidadlas desde ahora.

CÉSAR

Me confundís y no sé
unir con vuestra bondad
vuestro rigor.

AURORA

En verdad
que yo tampoco sabré
tal arcano descifraros.
Lo que sí os sabré decir
es que no puedo admitir
vuestro amor; mas sin reparos
mi amistad toda os ofrezco.
Creedme: Dios me es testigo
de que os quiero por amigo,
mas por galán no os merezco.

CÉSAR

¡Cómo!

AURORA

Os lo diré mejor
y no me guardéis encono:
vuestra amistad ambiciono;
vuestra pasión me da horror.

CÉSAR

Me asombráis.

AURORA

Es un arcano
que penetrar no podemos.
Galán, jamás nos veremos;
amigo, aquí está mi mano.
(Le tiende la mano.)

CÉSAR

¡Ah! Os entiendo. Compasión

os causó mi amor y ahora
burlaros os plugo, Aurora,
con mi pobre corazón.
Mas esta mano que estrecho
sobre él y que llevo al labio...

(Va a besar la mano. DOÑA AURORA se lo impide.)

AURORA
La boca le hará un agravio;
no la levantéis del pecho.

CÉSAR
Ese tono...

AURORA
Es harto serio.

CÉSAR
No os comprendo. Si es capricho
de vuestro humor...

AURORA
Ya os lo he dicho,
capitán: es un misterio
que yo no entiendo tampoco.

CÉSAR
Pues yo lo penetraré.

AURORA
¿Cómo?

CÉSAR
A vuestro padre haré
que me lo explique.

AURORA
Estáis loco.

CÉSAR
¡En eso parar espero
con vuestras contradicciones!

AURORA
Pues oídme unas razones

terminantes, caballero.

CÉSAR

Hablad.

AURORA

Me habéis ponderado
vuestra acendrada pasión,
y vais en mi corazón
a saber lo que hay guardado.
Hay un amor casto, ciego,
de mi pecho en la guarida,
tan largo como mi vida,
tan ardiente como el fuego.
Amor de goces tan suaves,
tan exento de dolores,
como el olor de las flores,
como el cantar de las aves.
Este amor es un cariño
tan ajeno de impureza,
como el que a tener empieza
naciendo a su madre el niño.
Hoguera es de inmenso amor;
mas de su llama tranquila
no se extingue ni vacila
el constante resplandor.
En el duelo, en la ventura,
en la inquietud y en la calma
siempre en el fondo del alma
como una estrella fulgura;
y brilla su claridad
en su centro solitario
cual lámpara en un santuario,
cual faro en la tempestad.

CÉSAR

¿Amáis?

AURORA

Amo a un noble ser
de quien ignoro hasta el nombre;
le amo todo cuanto a un hombre
puede amar una mujer.
Le amo desde que le vi;
le amo con toda mi fe,
y al sepulcro bajaré

con su amor dentro de mí.
Con él sueño, con él vivo;
lo que él desea apetezco,
lo que aborrece aborrezco,
y mi corazón, cautivo
de su sola voluntad,
a ella no más obedece.
Él me dice: «Ama, aborrece»,
y amo y odio sin piedad.
Me dijo: «De ese mancebo
serás amiga», y yo os digo
que vos sois mi único amigo,
porque él lo quiere y yo debo
quererlo; y si él me dijera:
«véndete esclava», ¡por Dios
os juro que, como vos
por mí, por él me vendiera!
Ya mi secreto sabéis.
Respetad de él comedido
lo que no hayáis comprendido;
y si no os satisfacéis
con las razones que os dan,
haced cuenta, en conclusión,
que nací sin corazón.
Buenas noches, capitán.

CÉSAR
Esperad.

AURORA
Ni un solo instante.
El alma leal que abrigo
franca está para el amigo
y muerta para el amante.

(Vase por la izquierda, cerrando la puerta.)

Escena XII

DON CÉSAR
¡Ama a un hombre cuyo nombre
no conoce! Fascinada
está su alma enamorada
por él. ¿Y quién es ese hombre?

Un año hace que los sigo,
y a nadie he visto jamás
llegar. ¡Un enigma más
de los que llevan consigo!
Con él sueña, con él vive;
lo que él desea apetece.
Él manda y ella obedece
y ser de su ser recibe.
¡Oh! Sí: lo expresaban bien
sus ojos, su voz, su gesto.
Sí, encierra un amor funesto
su corazón. Pero ¿a quién?
¡Ama a un hombre misterioso
de quien hasta el nombre ignora!
¿Ama y no a mí? ¡La traidora!
¡Sandio de mí! Estoy celoso.
Celoso y tal vez acecha
la muerte aquí a ese Gabriel
de Espinosa. ¡Cielos! ¿Si él?...
¡Él! ¡Estúpida sospecha!
Su padre... ¿Y si no lo es?
¿Si el misterio y soledad
que guardan de liviandad
fuera un velo infame? -¿Arbués?

Escena XIII

DON CÉSAR, ARBUÉS.

ARBUÉS

Aquí estoy.

CÉSAR

Pronto, responde.

Aurora a otro hombre ama.

¿Quién es? Di. ¿Cómo se llama?

¿Adónde está ahora? ¿Adónde
le vio? ¿Cuándo?

ARBUÉS

Capitán,

ya os previne que acercaros

a nosotros era echaros

en un abismo de afán;

y ya lo veis: un instante
nada más que habéis hablado
con ella, os ha trastornado
corazón, juicio y semblante.

CÉSAR

La amo, Arbués, y estoy celoso.
Dime, por tu vida, Arbués,
¿sabes bien si Gabriel es
su padre?

ARBUÉS

¡Pues es chistoso!

CÉSAR

¡Ay! De la duda la hiel
me emponzoña el corazón.

ARBUÉS

Pues no perdáis la ocasión
de consultarla con él.

CÉSAR

¿Llega?

ARBUÉS

Le siento venir.

CÉSAR

¿Cómo?

ARBUÉS

Acostumbra a silbar
recio.

CÉSAR

¿Y silbó?

(Llaman: aldabonada.)

ARBUÉS

De llamar
acaban.

CÉSAR

Ve, pues, a abrir.

(Vase ARBUÉS por el fondo llevando la llave.)

Es forzoso: le hablaré;
la vida en ello le va.
Si se obstina..., mas no, a fe;
primero le salvaré
y Dios amanecerá.

Escena XIV

DON CÉSAR, ARBUÉS; GABRIEL, embozado.

GABRIEL
¡Hola, señor capitán!

CÉSAR
Os aguardaba.

GABRIEL
¿Qué hay, pues?

CÉSAR
Solos.

GABRIEL
Déjanos, Arbués.

Escena XV

DON CÉSAR, GABRIEL.

GABRIEL
Podéis hablar.

CÉSAR
Tal vez van
mis palabras a causaros
extrañeza.

GABRIEL
No lo espera.

CÉSAR

Muy claro con vos ser quiero.

GABRIEL

Pues no os andéis con reparos.
Con cuanta más claridad
habléis vos, a mi entender
os debo yo comprender
con mayor facilidad.

CÉSAR

Yo soy...

GABRIEL

(Interrumpiéndole.)

Os conozco bien:
adelante.

CÉSAR

En Madrigal
me acantoné de orden real...

GABRIEL

Para guardarme; también
lo sé. Adelante.

CÉSAR

Hoy en pos
de vuestros pasos...

GABRIEL

Venís
por lo mismo; me decís
cosas que sé como vos.

CÉSAR

Pues bien: lo que según creo
ignoráis vos todavía
os diré.

GABRIEL

Por vida mía,
capitán, que ya deseo
que algo nuevo me digáis.

CÉSAR
Pues oíd.

GABRIEL
Estoy atento.

CÉSAR
La casa en este momento
está cercada, y estáis
preso en ella.

GABRIEL
Ya lo sé.

CÉSAR
¿Conque sabiéndolo ya
entrasteis?

GABRIEL
Pues claro está.

CÉSAR
¿Por voluntad?

GABRIEL
Ya se ve.

CÉSAR
¿Luego confiáis?

GABRIEL
En Dios
primero y después en mi.

CÉSAR
¿Sabéis que os acusan?...

GABRIEL
Sí.

CÉSAR
¿De un delito?...

GABRIEL
(Interrumpiéndole.)
No, de dos.

CÉSAR
¿Sabéis cuáles?

GABRIEL
Sí, por cierto.

CÉSAR
Pues, a lo que se murmura,
cualquiera de ellos...

GABRIEL
Segura
trae mi sentencia: soy muerto.

CÉSAR
¿Con ella os chanceáis?

GABRIEL
Sí tal.

CÉSAR
¿Podréis probar?...

GABRIEL
Una cosa.

CÉSAR
¿Que sois?...

GABRIEL
(Interrumpiéndole.)
Gabriel Espinosa,
pastelero en Madrigal.

CÉSAR
Podrán dudarle tal vez.

GABRIEL
¿Por qué?

CÉSAR
Porque lo desmiente
vuestro gentil continente
y es muy receloso el juez.

GABRIEL

Dios me hizo así, y en mi mano
no está cambiar de figura

CÉSAR

Diz que andáis con mucha holgura
para ser sólo un villano.

GABRIEL

Soy rico.

CÉSAR

Querrán papeles
que os acrediten de tal.

GABRIEL

Resmas tengo en Madrigal
de los de envolver pasteles.

CÉSAR

¿Hay algunos con pinturas?

GABRIEL

Mil.

CÉSAR

¿Son estampas de santos?

GABRIEL

Hay de todo.

CÉSAR

Y entre tantos
¿hay conocidas figuras?

GABRIEL

¿Echáis menos, capitán,
alguna?

CÉSAR

No: mas ha un rato
que el juez buscaba un retrato
fiel del rey Don Sebastián.

GABRIEL

Siento no tener ninguno.

CÉSAR

Pues creo que el juez pretende
deteneros, porque entiende
que lleváis sobre vos uno.

GABRIEL

¿Qué habría en que le llevara
para que en mí se encarnicen
los golillas?

CÉSAR

(Mirándole atentamente.)
Es que dicen
que lo lleváis en la cara.

GABRIEL

Ni es tan deforme la mía,
ni osara yo andar, por cierto,
con la cara que un rey muerto
usaba cuando vivía.

CÉSAR

Pues la justicia cree ver
en vos semejanza tal
con él, que de vos muy mal
sospecha.

GABRIEL

¡Cómo ha de ser!

(Un momento de pausa.)

CÉSAR

Yo os cobré afecto; fiad
vuestro secreto de mí,
y al depositarlo aquí
lo echáis en la eternidad.

GABRIEL

Mozo, si tuviera un día
que fiar algo a algún hombre,
creedme, os juro a mi nombre
que de vos lo fiaría.

CÉSAR

Fiadme ese nombre, pues.

GABRIEL

Gabriel; lo acabáis de oír.

CÉSAR

¡Os obstináis en morir!

GABRIEL

Ley de los que nacen es.

CÉSAR

¡No me entendéis!

GABRIEL

¡Vive Dios!

Ni vos me entendéis tampoco
a mí.

CÉSAR

Parecéisme loco.

GABRIEL

Y a mí mentecato vos.

Porque a la verdad, mancebo,
grima me da contemplaros
así el seso devanaros
por decirme algo de nuevo.

Tras de tanto ir y venir,
¿no habéis echado de ver
que yo no quiero entender
lo que me queréis decir?

¿Os figuráis que viví
entre el pueblo catorce años
sin percibir los extraños
cuentos que corren de mí?

¿Pensáis que es ésta la vez
primera que en mí repara
el vulgo, y que cara a cara
me veo yo con un juez?

Venid acá, pobre niño;
¿pensáis que no conocí
que en vos germinó hacia mí
un simpático cariño?

Yo como en un libro leo
claro en vuestro corazón,

y bien de vuestra afición
la causa escondida veo.
Sé que a mí os atrae un nudo
cuyo mágico poder
os hace ante mí poner
vuestro pecho por escudo.
Pero su atracción oculta
resistid, porque os advierto
que ese nudo con un muerto
os estrecha y os sepulta.
Resistid; porque un ser soy
que infesto el lugar que habito,
que cuanto toco marchito
y asolo por donde voy.

CÉSAR

¿Qué me importa? El horror mismo
del misterio que hay en vos
de sí me arrebatara en pos,
y ciego voy a su abismo.

GABRIEL

¡Mancebo!

CÉSAR

Con vos iré
por doquiera que vayáis.
Oídmelo: y cuando sepáis
mi secreto...

GABRIEL

Ya lo sé.

CÉSAR

¿Qué sabéis?

GABRIEL

Cuanto ha pasado
por vuestro pecho hasta ahora.
No ignoro nada: de Aurora
sé que estáis enamorado.
Sé que por ella me habláis,
y que tras ella venís,
y que por ella vivís,
y que con ella soñáis.
¿Creéis que en vuestro semblante

no he conocido al entrar
que la acababais de hablar?
Y en vuestro mustio talante,
¿creéis que no entiendo acaso
que el amor de vuestro pecho
al declararla, no ha hecho
de vuestras palabras caso?

CÉSAR
¡Caballero!

GABRIEL
¡Qué demonio!
De todo estoy enterado:
hasta de que habéis pensado
pedírmela en matrimonio.

CÉSAR
Sí, que mi amor...

GABRIEL
(Interrumpiéndole.)
Sé que es grande,
profundo, honesto y leal;
pero es un amor fatal,
imposible.

CÉSAR
Que os demande
por qué dejad.

GABRIEL
Lo primero,
porque si mal no me fundo,
no os quiere ella: lo segundo,
porque yo tampoco quiero.

CÉSAR
¡Me escarnecéis!

GABRIEL
¡No, por Dios!
¿Y a qué viene el enojaros?
¿No queréis que hablemos claros?
Pues claro os hablo yo a vos.

CÉSAR

¡Ea, pues! Claros hablemos
y sepamos de una vez
a qué atenernos.

GABRIEL

¡Pardiez!
No alcéis la voz, que podemos
a las gentes de la casa
despertar, y creer pueden
cosas que aquí no suceden,
capitán.

CÉSAR

Lo que aquí pasa
es que quiero penetrar
el misterio que os rodea,
y que es fuerza que así sea;
porque no he de tolerar
en calma, como un villano,
que tan sin razón los dos
despreciéis mi amistad vos
y vuestra hija mi mano.
Confieso que el alma mía,
del punto en que os llegó a ver,
por vos empezó a tener
misteriosa simpatía.
Confieso, sí, que amo a Aurora
con amor tan delirante
que no hay acción que me espante...
por ella; mas me devora,
a par con el del amor,
el fuego de un justo antojo
ceder sin razón mejor.
Soy noble y cuando os ofrezco
mi raza unir con la vuestra
que me deis más noble muestra
de lo que valéis merezco;
porque si no, con derecho
tendré por cosa segura
lo que de vos se murmura
y lo que yo me sospecho.

GABRIEL

¿Y qué es lo que sospecháis?

CÉSAR
Que sois...

GABRIEL
¿Quién?

CÉSAR
Un impostor
y que desecháis mi amor...

GABRIEL
¿Por qué?

CÉSAR
Porque vos la amáis.

GABRIEL
¡Desdichado!

CÉSAR
Una de dos:
satisfacedme al momento,
o sepulcro este aposento
es para mí o para vos.

GABRIEL
Niño, dándoles gran precio,
la mayor satisfacción
que debo a tu protección
y a tu amor, es el desprecio.
Ve, pues, si te satisface
la de que no los admito,
porque el amor no me place
y el favor no necesito.

CÉSAR
¿Eso a mí?

GABRIEL
Y antes que te abra
sepulcro, entiende que puedo
abismarte con un dedo
como con una palabra.

CÉSAR
Decídmela.

GABRIEL
No la esperes.

CÉSAR
Pues bien; quiero en mi despecho
ser o muerto o satisfecho.

(DON CÉSAR desenvaina su espada, yendo contra GABRIEL. Éste desenvaina la suya poniéndose en guardia, en cuyo punto aparece AURORA.)

GABRIEL
Sea, pues que tú lo quieres.

Escena XVI

GABRIEL, DON CÉSAR, DOÑA AURORA, después DON RODRIGO.

AURORA
¡Teneos!

CÉSAR
Todo es en balde.

(La puerta del fondo se abre de repente y sale DON RODRIGO, detrás del cual se ven cuatro soldados con mosquetes en la parte exterior de la puerta. GABRIEL baja su espada dando un paso atrás, con tal rapidez que el juez no pueda tener tiempo de apercibirse de que estaba en guardia.)

RODRIGO
En nombre del rey.

GABRIEL
¿Qué es eso?

RODRIGO
Gabriel Espinosa, preso
sed.

GABRIEL
Lo estoy, señor alcalde.

RODRIGO
¿Cómo?

GABRIEL

Ese mozo, sintiendo
que aún en vela andaba yo,
por esa ventana entró
que me fugara temiendo;
hallándome en pie y armado
darme a prisión me intimaba,
y mi espada le entregaba
cuando vos habéis entrado.

RODRIGO

Vuestras armas y equipaje
quedan embargados. De él
(A DON CÉSAR.)
y ellas te encargo. -Gabriel
Espinosa, vuestro viaje
no os es dado continuar
basta que duda no quede
de quién sois.

GABRIEL

Su merced puede
cuando guste comenzar
sus indagaciones.

RODRIGO

Luego;
Interrogar me es preciso
testigos; mas ya, os lo aviso,
preso estáis.
(A DON CÉSAR.)
Con él te entrego
aquella mujer.

GABRIEL

Señora
se dice, alcalde; esta dama
noble es cual vos y se llama
por buen nombre doña Aurora.

RODRIGO

Si es dama y noble, después
lo sabremos.

GABRIEL

¡Quiera Dios
que no os pese luego a vos
saberlo!

RODRIGO
Excesiva es
vuestra arrogancia.

GABRIEL
No tanta
como tener con vos puedo.

RODRIGO
Nadie a mí me infunde miedo.

GABRIEL
Pues a mí nadie me espanta.
Conque adelante.

RODRIGO
Adelante.
Vos a ese cuarto, señora;
y vos dad la espada ahora
al capitán.

GABRIEL
Al instante.
(Alargando la espada, sin sollaría.)
Ahí la tenéis, y os suplico,
joven, que si no os enoja
me la guardéis, que es la hoja
buena, y el puño muy rico.

(GABRIEL entrega su espada a DON CÉSAR quien al mirarla exclama asombrado:)

CÉSAR
¡Jesús!

GABRIEL
Ved con atención
su primor.

CÉSAR
¡Corona real
tiene el pomo!

GABRIEL
Y el tazón
las armas de Portugal.

RODRIGO ¡Hola! Pondréis a mi alcance
cómo hubisteis esa espada.

GABRIEL
Dadlo por cosa alcanzada:
la compré en Cintra de lance.

RODRIGO
(Acercándose y viendo la espada que tiene DON CÉSAR.)
¡Prenda regia!

GABRIEL
¡Por San Juan!
Yo lo creo; como que es
prenda de un rey portugués:
fue del rey Don Sebastián.

RODRIGO
(A DON CÉSAR, aparte.)
César, guárdale, por Dios:
porque si se huye perdemos
la cabeza ambos a dos.

CÉSAR
Ya lo sé.

(Vase DON RODRIGO por la puerta del fondo.)

Escena XVII

GABRIEL, CÉSAR.

DON CÉSAR va a acercarse a GABRIEL con precipitación; éste le contiene con un gesto.

GABRIEL
No hagáis extremos,
que os perdéis.

CÉSAR
¿Pero sois vos?...

GABRIEL
¿Quién?

CÉSAR
Él.

GABRIEL
Porfiado estás.

CÉSAR
Pero...

GABRIEL
¿Y si fuese quizás?

CÉSAR
Muriera por vos, señor.

GABRIEL
Dormir un poco es mejor.
Dejad a Dios lo demás.
(Vase por la izquierda, dejando a DON CÉSAR estupefacto.)

ACTO II

La misma decoración del acto primero.

Escena I

DON CÉSAR (Sentado y meditabundo.)
Dijo bien: no pertenece
a la tierra el ser de ese hombre.
Me fascina; me enloquece.
¡Que en derredor de su nombre
gira el mundo me parece!
Sí; de cuanto le rodea
es el eje, el punto fijo.
Todo lo demás voltea
en torno suyo. Me dijo

que iba a dormir, pero vela;
no he cesado de sentir
sus pasos, por más cautela
que puso al ir y venir
por su aposento. Recela
que le sorprendan; previene
cauto el porvenir; y pienso
que entre su equipaje tiene
objetos que le conviene
no mostrar. ¿Es él? ¡Inmenso
riesgo corre!... ¿Y si no es?
¡Ay de mí! Siempre es de Aurora
padre, hermano... algo... A través
doy con todo; me devora
la impaciencia... Llamo, pues.

(Llama a la puerta por donde se fue GABRIEL en la última escena del acto primero.)

Escena II

DON CÉSAR, GABRIEL.

GABRIEL
¿Qué me queréis?

CÉSAR
Advertiros
de que mi padre el alcalde
vendrá pronto.

GABRIEL
Será en balde.

CÉSAR
No lo será el preveniros
que toda la noche ha estado
declaraciones oyendo
de gentes que ha ido prendiendo.

GABRIEL
Pues el tiempo ha malgastado.

CÉSAR
Vuestra situación es grave.

GABRIEL

¡Lo sé!

CÉSAR

Quizás un proceso...

GABRIEL

Vuestro padre anda ya en eso.

CÉSAR

¿Culpado saldréis?

GABRIEL

¿Quién sabe?

CÉSAR

Mi padre es hombre tenaz.

GABRIEL

¡Pues a buena parte viene!

CÉSAR

Es que tal vez os condene.

GABRIEL

Cumplo la pena, y en paz.

CÉSAR

Mas si antes que vuelva él
hacer prevención alguna
os importa...

GABRIEL

¿A mí? Ninguna.

CÉSAR

¡Señor!

GABRIEL

Llamadme Gabriel.

CÉSAR

Vos lo dijisteis: secreto
nos liga un nudo a los dos
y siento a un tiempo por vos

inclinación y respeto.
Quisiera una prueba hallar
irrecusable que daros
de mi fe para obligaros
sin recelo a confiar
en mí.

GABRIEL

¡Vaya! ¡Estáis chistoso,
por Dios! En este aposento
queríais hace un momento
atravesarme furioso,
¿y ahora mi confianza
conquistaros pretendéis
con ofertas? Ya sabéis
que la razón se me alcanza
de esa simpatía oculta
que me tenéis; y a respeto
mueveos sólo mi secreto,
que vuestra aprensión abulta
tanto, que seguís mi viaje
vos y a atajarle se arroja
el juez, porque se os antoja
que soy un gran personaje.

CÉSAR

Las apariencias están
por ahora en contra vuestra.

GABRIEL

Pues la verdad se demuestra
con la verdad, capitán.

CÉSAR

Pues bien: antes que un proceso
entable el juez contra vos
valiera más, ¡vive Dios!...

GABRIEL

¿Qué me diera por confeso
yo mismo? Que haciendo justo
del juez el empeño, diera
por supuesto yo que era
no sé quién, y por dar gusto
él al rey, y diversión
al populacho, me ahorcara

y Aurora por vos quedara?
¿Es ésa vuestra cuestión?

CÉSAR

No así abuséis imprudente
de ese misterioso influjo
que a respeto me redujo
para con vos, e insolente
mi lealtad y mi amor
ultrajéis. Ésta es sincera,
y mi pasión verdadera,
señor.

GABRIEL

¡Dale con señor!
Vos sois noble y yo villano.
Vos sois gentil caballero
y yo humilde pastelero;
decid Gabriel liso y llano.

CÉSAR

Me vais a desesperar.

GABRIEL

Y vos me vais a aburrir.

CÉSAR

¡Vos obstinado en fingir!

GABRIEL

¡Vos empeñado en hablar!

CÉSAR

Pronto a todo, fascinado
que estoy por vos no miráis?

GABRIEL

¿Y os mando yo que tengáis
de mi porvenir cuidado?

CÉSAR

Una palabra tan sólo.

GABRIEL

¿Vais a volver a lo mismo?

CÉSAR

De esperanza en este abismo
dadme un rayo.

GABRIEL

¿Cuál?

CÉSAR

Sin dolo,
prometedme responder
a una pregunta.

GABRIEL

Si puedo,
responderé.

CÉSAR

No hayáis miedo
que os pueda comprometer
la respuesta. ¿Sois de Aurora
padre?

GABRIEL

No conoció más
que a mí por padre jamás.

CÉSAR

¡Oh! ¡No lo sois!

GABRIEL

En buena hora
que no lo soy os diré;
mas de este arcano la llave
tengo solo.

CÉSAR

¿Ella no sabe?...

GABRIEL

Nunca se lo revelé.

CÉSAR

¿Y la amáis?

GABRIEL

Mucho, quizá

mucho más de lo que debo.

CÉSAR

¿Conque la guardáis?...

GABRIEL

¡Mancebo!

CÉSAR

Sí, para vuestra.

GABRIEL

Jamás.

Pero tened desde aquí,
y, para siempre entendido,
que es mujer que no ha nacido
para vos ni para mí.

CÉSAR

¡Cielos!

GABRIEL

De toda esperanza
despedíos.

CÉSAR

¿Ofrecida
está a Dios?

GABRIEL

No: está elegida
para prenda de venganza.

CÉSAR

¿Vuestra?

GABRIEL

Yo no voy en pos
de venganzas.

CÉSAR

¿Es quizá
de su familia?

GABRIEL

De más

arriba.

CÉSAR
¡Del rey!

GABRIEL
De Dios.
(¡Imposible atar un cabo!
¡Su ser parece que abarca
con la altivez del monarca
la abnegación del esclavo!)

Escena III

DON CÉSAR, GABRIEL, un ALGUACIL.

ALGUACIL Su señoría el alcalde
don Rodrigo.

CÉSAR
En el momento
volved a vuestro aposento.

GABRIEL
La entrevista será en balde.

Escena IV

DON CÉSAR, DON RODRIGO.

RODRIGO
¿Seguros ambos?

CÉSAR
Seguros,
señor.

RODRIGO
Todo lo recelo
de él, que es audaz.

CÉSAR
Sin embargo,
no temáis ningún extremo.

RODRIGO
¿Le has hablado?

CÉSAR
Sí, un instante.

RODRIGO
¿Y qué dice? ¿Muestra miedo
de la justicia?

CÉSAR
Ninguno.

RODRIGO
Bravea, ¿eh?

CÉSAR
Nada de eso;
tranquilo está; tal vez tiene
de justificarse medios.

RODRIGO
Imposible: en contra suya
tengo datos manifiestos.

CÉSAR
¿Sabéis ya?...

RODRIGO
Nada. Hilo a hilo
voy la madeja cogiendo.
Parece que hay en la vida
de ese hombre tantos enredos
que sólo a fuerza de maña
y paciencia, deshacerlos
es posible. Mas no es
lo que me trae más inquieto
lo intrincado del negocio,
que el laberinto estoy hecho
a recorrer de las leyes.
Acósame el alma empero
una agitación, que no

sé distinguir con acierto
si es afán o repugnancia,
si es duda o presentimiento.
Hay un punto de la historia
de ese hombre cuyo misterio
del tiempo de mi mayor
pesar me trae un recuerdo.

CÉSAR
¿De cuándo?

RODRIGO
Tú no lo sabes:
eras aún pequeñuelo.
Luego, estas causas políticas
de Portugal me trajeron
siempre desgracias. Parece
que el destino, con empeño
fatal para mí, me pone
portugueses siempre en medio
de mi camino. Seis años
anduve por aquel reino
en comisión especial,
los rebeldes persiguiendo,
y como todos conspiran
contra el rey y su gobierno,
yo soy allí detestado.

CÉSAR
Fuisteis quizá muy severo.

RODRIGO
Fui de Felipe segundo
leal servidor. Tan terco
como ellos en resistirse
fui yo en desplomar sobre ellos
todo el rigor de las leyes,
y a fe que no me arrepiento.
Rebeldes eran: cumplí
con mi obligación; mas tengo
todavía que volverles
cierta partida, y si puedo,
quedarán tan bien pagados
como yo bien satisfecho.
Mas las horas vuelan. César,
déjame aquí con el preso.

Guarda esa puerta por fuera
y si llamo acude presto.

Escena V

DON RODRIGO

Las diligencias primeras
terminaron, y el proceso
está entablado. ¡Malditos
portugueses!... ¡Qué de enredos!
Dieciséis, y gente toda
de probidad, de respeto
y hasta de ciencia, declaran
que en el fondo de su pecho
existe la convicción
de que el trágico suceso
es falso y que están seguros
de que en África no ha muerto,
Unos en Cintra le han visto,
y en Cintra fue donde él mismo
dijo que compró su espada.
Otros cruzando le vieron
el Tajo una tarde; el fraile
dice que en su monasterio
le rezó él mismo una misa
antes del alba, y a esto
para obligarle, del Papa
le mostró bula, y que cierto
está de que él era. Y todos
afirman con juramento
que fueron a Madrigal
y que le reconocieron.
Ahora bien, señor alcalde,
pise su merced con tiento,
que es la tierra escurridiza.
O es él, o no; en los decretos
de Dios todo cabe y todo
cabe en los humanos yerros.
Si en verdad es él, alcalde,
no será en verdad muy cuerdo
ahorcarle sin dar al rey
de todo aviso primero.
Si es un impostor... también
le avisaré, y a lo menos,

si se yerra, entre los dos
el error compartiremos.

Escena VI

DON RODRIGO, GABRIEL.

RODRIGO
¡Hidalgo!

GABRIEL
Más alto pico.

RODRIGO
¿Caballero?

GABRIEL
Todavía
más alto.

RODRIGO
Su señoría
me excuse si no le aplico
su título verdadero.
Mas hablemos un instante
y de hoy para en adelante
no erraré en él, porque espero
que aquí y a solas los dos
me diréis la jerarquía
que ocupáis.

GABRIEL
Su señoría
espera bien, pues ¡por Dios
que sabiendo yo quién es
debo de hablar sin reparo!

RODRIGO
Eso quiero, que habléis claro.

GABRIEL
Ya veréis.

RODRIGO

Decidme, pues,
señor Gabriel.
(Va a sentarse a la mesa.)

GABRIEL
Un momento,
señor don Rodrigo.

RODRIGO
¿Qué?

GABRIEL
¿Vais a sentaros?

RODRIGO
Sí, a fe.
(Se sienta.)

(GABRIEL trae con mucha calma una silla y la coloca frente a la mesa de DON RODRIGO.)

¿Qué hacéis?

GABRIEL
Lo mismo; me siento.

RODRIGO
Yo soy alcalde de corte.

GABRIEL
Sí; mas no sabéis quién soy
yo y si mal o bien estoy
sentado ante vos.

RODRIGO
¿Del porte
audaz de que usáis conmigo,
buenas razones supongo
que me daréis?

GABRIEL
Me propongo
hacerlo así.

RODRIGO
Pues prosigo.

GABRIEL
Seguid.

RODRIGO
La duda primera
que al escucharos me asalta
es la de que nombre os falta
digno de vuestra alta esfera.

GABRIEL
Lo tengo.

RODRIGO
Pues no lo sé.

GABRIEL
Gabriel Espinosa.

RODRIGO
¿Un tal
pastelero en Madrigal?

GABRIEL
Sí.

RODRIGO
Pues poneos en pie,
señor pastelero.

(GABRIEL se levanta.)

Así:
ante el juez sólo se sienta
quien altos títulos cuenta.

GABRIEL
Como me sucede a mí.
(Se vuelve a sentar.)

RODRIGO
(Ir le tengo de dejar
por donde quiera, y a ver.)

GABRIEL
(Pienso que mi proceder

le empieza a desconcertar.)

RODRIGO

¿Pues cómo oficio tan bajo,
siendo tan alto, elegís?

GABRIEL

Por vivir, cual vos vivís
de la ley, de mi trabajo.

RODRIGO

Mas mi toga y aranceles
no deshonran.

GABRIEL

No, a fe mía;
pero yo hacer no sabía
otra cosa que pasteles.

RODRIGO

(No es lerdo el señor Gabriel.)

GABRIEL

(Astuto es el Don Rodrigo.)

RODRIGO

(Por aquí nada consigo,
pero yo daré con él
en tierra al fin.) ¡Caballero!

GABRIEL

Mandad.

RODRIGO

Una relación
que os llamará la atención
contaros quisiera.

GABRIEL

Espero
que será, por lo galana,
lo discreta y lo curiosa,
la invención más ingeniosa
del señor de Santillana.

RODRIGO

Pues oíd. Buen capitán
más que rey, de fe tesoro,
allá en las playas del moro
murió el rey Don Sebastián.
¿Supongo que de una historia
tan pública oísteis algo?

GABRIEL

¡Si vierais qué poco valgo
en esto de la memoria!

RODRIGO

En vuestro horno no me extraña
que estéis de noticias falto.

GABRIEL

Sé que a su muerte de un salto
pasó Portugal a España.

RODRIGO

Justo; mas hoy los noveles
vasallos, por sacudir
sus leyes, dan en decir
a los pueblos a ellas fieles
que ha sido una usurpación,
y pregonan de concierto
del re y en África muerto
la fausta resurrección.

GABRIEL

¡Oiga! No está mal pensado.

RODRIGO

No; mas la dificultad
era el dar en realidad
con el rey resucitado.
Buscósele con esmero
y hallóse, por toda cosa,
un tal Gabriel Espinosa,
en Madrigal pastelero.

GABRIEL

Vamos, ya caigo; el error
de esta semejanza mía
hizo a vuestra señoría
creer que soy...

RODRIGO
(Interrumpiéndole.)
Un impostor.

GABRIEL
¿Quién lo dice?

RODRIGO
Yo lo digo,
y el rey Felipe, y el mundo
entero.

GABRIEL
Pues miente el mundo,
y el rey, y vos, Don Rodrigo.

RODRIGO
Inútil es vuestra audacia;
testigos tengo allá fuera
que os acusan por doquiera
por impostor.

GABRIEL
¡Vaya en gracia!
Mas permitid que os arguya:
para llamarme impostor,
esa impostura, señor,
ha de ser mía y no suya.
¿Y dónde hay hombre capaz
de jurar que he dicho yo
que era el rey?

RODRIGO
Vos mismo no.

GABRIEL
Entonces dejadme en paz.
Si yo me parezco a un rey
y el vulgo por rey me tiene,
citar al vulgo os conviene,
pero no a mí, ante la ley.

RODRIGO
¡Espinosa!

GABRIEL

Don Rodrigo,
aunque en leyes sois muy ducho,
os falta que aprender mucho
para habéros las conmigo.
¿Cree, buen juez, vuestra altiveza
que a ser yo el que habéis pensado
estaríais vos sentado
y cubierta la cabeza?

(DON RODRIGO se levanta y se descubre conforme va hablando GABRIEL.)

Rodrigo de Santillana,
a ser yo el que habéis creído
hubierais vos ya salido
¡vive Dios! por la ventana.

RODRIGO

(Por quien soy que me ha turbado.
¿Si contarán con razón
lo de la resurrección?)

GABRIEL

(¡Pobre juez!)

RODRIGO

(No habría osado
palabras tan arrogantes
decir.) Señor... Si en mal hora...

GABRIEL

Ni tan bajo como ahora
ni tan alto como antes.

RODRIGO

(Tanta majestad me asombra.)
Gabriel, quienquiera que seáis,
manda en mí el rey que digáis
quién sois en fin.

GABRIEL

Una sombra.
Y porque acabemos voy,
y afanes para excusaros,
señor Santillana, a daros
cuenta exacta de quién soy.

Nací donde quiso Dios;
si de noble raza, bien
se demuestra en mí; de quién
me importa callar, y a vos
saber de mí no os importa.
Prestadme empero atención,
pues va a ser mi relación,
cuanto complicada, corta.
Apenas cumplí la edad
que se llama juventud,
con loca solicitud,
con ciega temeridad
abandoné mis hogares
y en más remoto hemisferio
dueño del mayor imperio,
pirata fui de los mares.
En ellos, profundo osario
de cien bajeles, guerrero
alcé mi estandarte fiero,
de Asia y Europa corsario,
y amontoné más tesoros
que guarda el mar en su centro
y arenas quemadas dentro
de sus desiertos los moros.
Ebrio con tanta riqueza
dejé mi gente y la mar,
queriendo en tierra ostentar
mi valor y mi grandeza,
y con el nombre supuesto
de marqués de Mari-Alba,
al lado del duque de Alba
gané en sus glorias un puesto
y en la cabeza esta herida;
(La muestra.)
bien es que al que me la abrió
con mi espada le abrí yo
las puertas de la otra vida.

RODRIGO

No os daría poca pena
después.

GABRIEL

¡Fue un fatal desliz!...

RODRIGO

(Mirándole a la frente.)
No es mala la cicatriz.

GABRIEL

La cuchillada fue buena.
No me tendió, sin embargo;
el furor me mantenía
y combatí todavía
hasta caer tiempo largo.
Mas hartó al fin del oficio
de lidiar en tierra firme,
licencia para salirme
por entonces del servicio
al duque de Alba pedí.
Diómela el duque cortés,
y vedla.
(Le da un papel.)

RODRIGO

Su firma es:
para el marqués...

GABRIEL

Para mí.
Di, pues, vuelta hacia la Corte,
sirviéndome mucho en ella
primero mi buena estrella,
después mi lujoso porte.
Por ese tiempo, de vos
nadie hablaba todavía
y a mí el rey me recibía
con grande amistad.

RODRIGO

(¡Gran Dios,
entonces fue cuando vino
el monarca portugués
a Castilla! ¿Será, pues,
este hombre?) ¿Quién previno
más festejos a usarced?

GABRIEL

No hay por qué ocultarlo al fin;
el conde de Medellín
con tantos me hizo merced
que corresponder no supe

como era mi obligación.

RODRIGO

¿Y os tuvo tal atención
en Madrid?

GABRIEL

No: en Guadalupe.

RODRIGO

¿En ese pueblo?

GABRIEL

Sí tal.

RODRIGO

No recuerdo de que allí...

GABRIEL

Al rey de España en él vi
junto al rey de Portugal.
Después... abrid, Santillana,
un paréntesis aquí,
y poned en él de mí
cuanto mal os diere gana.
Basteos saber, don Rodrigo,
que perdí mi oro y mi gloria
sin que una buena memoria
me quedara, ni un amigo.
Por tierra extranjera anduve
errante como un bandido,
y el pan que en ella he comido
que mendigármelo tuve.
Mas el desengaño, al fin,
¿qué ánimo feroz no doma?
Llegué arrepentido a Roma
remando en un bergantín.
Visité a Su Santidad;
confesión le hice de todo
y el Santo Padre halló modo
de absolverme en su piedad,
dándome por penitencia
de los pecados sin cuento
que abrasan mi pensamiento
y me abruman la conciencia,
que emprendiera el viaje entero

del Santo Sepulcro a pie.

RODRIGO

¿Y lo hicisteis?

GABRIEL

Por la fe

lo juro de caballero.

Y aún fue más: Su Santidad

me ordenó que renunciara

mi jerarquía y que echara

mi nombre en la eternidad.

He aquí por qué no os lo digo.

Penitente le arrojé

dentro de ella y le olvidé

para siempre, don Rodrigo.

RODRIGO

¡Interesante proemio!

Y a ser cierto...

GABRIEL

Lo es tanto

que tengo del Padre Santo

por testimonio y por premio

esta bula. Me conviene

que la leáis.

(Le da otro papel.)

RODRIGO

Os la tomo.

No está vuestro nombre.

GABRIEL

¿Y cómo,

si a quien se dio no le tiene?

RODRIGO

Proseguid.

GABRIEL

Mi protector

el Papa en sus santos juicios

utilizar mis servicios

imaginó, y fiador

constituyéndose mío,

me envió a un poderoso estado,
que al verme tan bien fiado
fió un bajel a mi brío.
Venecia fue nuevamente
del corsario protectora;
ved de tan noble señora,
don Rodrigo, la patente.
(Le da otro papel.)
Volví al mar; del africano
las costas guardando anduve
y en un combate que tuve
los dos dedos de esta mano
perdí; mas, su nave hundida,
cogí a mi enemigo preso.
La mano llevo por eso
siempre en el guante metida.
El rumbo a Venecia di
contento, cuando topé
con un barco de no sé
qué argelino; resolví
abordarle, y por despojo
de esta sangrienta jornada
rescaté una desgraciada
niña, a quien con noble arrojo
defendía un pobre anciano,
y a quien, según esperaba,
iba a vender por esclava
el argelino inhumano.

RODRIGO

¿Y esa niña es doña Aurora?

GABRIEL

Que pasa por hija mía.

RODRIGO

¿Familia, pues, no tenía?

GABRIEL

Y tiene.

RODRIGO

¿Por qué hasta ahora
no se la habéis vos devuelto?

GABRIEL

Necesito presentar
documentos que probar
puedan que es ella, y resuelto
estoy conmigo a guardarla
mientras tanto.

RODRIGO
¿Y dónde están
los documentos?

GABRIEL
Vendrán
muy pronto, porque entregarla
mucho a su padre me importa.

RODRIGO
Pensáis que él os dé...

GABRIEL
Al contrario;
las riquezas del corsario
son para ella.

RODRIGO
Porción corta
no será.

GABRIEL
¡No habrá, a fe mía,
quien competirla pretenda!
Millones tiene en hacienda;
millones en pedrería.

RODRIGO
¿Dónde?

GABRIEL
En Venecia.

RODRIGO
¿Estarán
en el poder?...

GABRIEL
Del Estado.
Es ahijada del Senado

serenísimo y tendrán
que devolvérsela salva
sus parientes a Venecia
rica y libre, cual la precia
el marqués de Mari-Alba.
Ya nuestra historia sabéis.
A que viene a Madrigal
y a qué voy a Portugal,
indagadlo si podéis.
Ni sabréis de mí otra cosa,
ni nadie más de mí sabe;
sólo Dios tiene la llave
del corazón de Espinosa;
y si más de lo que digo
saber importa a la ley
llevadme a Madrid; el rey
me conoce, don Rodrigo.

RODRIGO

(Su altivez en confusión
me pone y su majestad
me asombra. ¿Será verdad
lo de la resurrección?
Si miente lo hace con tal
aplomo y con tanta fe,
que a poco más le daré
por el rey de Portugal.
Mas no ha de quedar por mí.
Yo he de apurar este arcano;
no dirán que de un villano
impostor juguete fui.)

(Llama DON RODRIGO y habla en secreto con un ALGUACIL, que se vuelve a marchar.)

GABRIEL

(¿Secretos con el ministro
de justicia? Estoy al cabo:
tenemos careo; alabo
por sorprendente el registro.)

Escena VII

DON RODRIGO, GABRIEL, el MARQUÉS DE TAVIRA.

GABRIEL se aparta a un lado y, sentándose, se mantiene en toda esta escena dando la espalda al MARQUÉS.

RODRIGO

Señor marqués, perdonad
si cumpliendo obligaciones
de juez...

MARQUÉS

Vuestras atenciones
os agradezco en verdad;
pero advertid que mañana
quiero dejar a Castilla,
y que el mesón de una villa
no es el lugar, Santillana,
que me conviene; os prevengo
que hombre soy muy principal
y de todo Portugal
la sangre más limpia tengo.

GABRIEL

(Si mi mente no delira,
¡por Dios, que está en mi presencia
la hinchada magnificencia
del buen marqués de Tavira!)

RODRIGO

No os he de faltar en nada;
mas quiero que me digáis
sin doblez cuanto sepáis
de aquella fatal jornada
de África; corre el rumor
por ahí de que no es cierto
que Don Sebastián ha muerto;
y aun hay algún impostor
que usurpa su augusto nombre.

GABRIEL

(Y el gesto y el ademán.
(Mirándole.)
¡Pobre rey Don Sebastián
si en manos cae de este hombre!)

RODRIGO

Conque decid: ¿es verdad

que en África el rey murió?
Que allá estuvisteis sé yo
con toda seguridad.
Hablad, marqués de Tavira;
vuestra nobleza es notoria.
No echéis en su ejecutoria
el borrón de una mentira.

MARQUÉS

Inexperto capitán
de mi edad en el vigor,
esclavo fue mi valor
de mi rey Don Sebastián.
Juntos un mismo bajel
a tierras del africano
nos llevó; como un hermano
al combate fui con él.
Un mar de sangre corrió.
Pero al partirse la suerte
sólo el baldón y la muerte
a nosotros nos tocó.

GABRIEL

(No sé por qué la memoria
de ese lance me entenece
y me irrita; no parece
sino que cuentan mi historia.)

MARQUÉS

El rey, que escudo y celada
tiró para más grandeza
de valor, en la cabeza
recibió una cuchillada
tal, que la frente serena
le rajó hasta la nariz.

RODRIGO

(A GABRIEL.)
¡No es mala esa cicatriz!

GABRIEL

La cuchillada fue buena.

RODRIGO

(Al MARQUÉS.)
Seguid.

MARQUÉS

El rey, nuevo Marte
de tan sangrienta jornada,
continuó, rota la espada,
defendiendo su estandarte,
hasta que el filo fatal
de un yatagán africano
segó de su izquierda mano
dos dedos.

RODRIGO

(A GABRIEL.)

Si no oí mal
me habéis dicho...

GABRIEL

(Con calma y sin volverse.)

Que perdí
dos dedos en un combate
naval.

RODRIGO

Marqués, el remate
de la batalla.

MARQUÉS

Caí

bajo un hachazo a los pies
de mi rey... y no vi más;
perdí el sentido.

RODRIGO

Quizás
al recobrarle después...

MARQUÉS

Ya no le hallé; con la luna
tomé del mar el camino,
maltratado peregrino,
caballero sin fortuna,
llevando en el corazón
el recuerdo de una hazaña
que será, no para España,
para su rey un baldón.

RODRIGO

¡Señor marqués de Tavira!
Esa frase infamatoria...

MARQUÉS

No tendrá mi ejecutoria
el borrón de una mentira.

RODRIGO

Conque, en fin, ¿el rey murió?

MARQUÉS

No lo sé, ¡por vida mía!
Si lo supiera os diría,
señor alcalde, que no.

RODRIGO

(Al MARQUÉS, llevándole aparte.)
¿Buena memoria tenéis?

MARQUÉS

Buena.

RODRIGO

¿Y vista?

MARQUÉS

Perspícaz.

RODRIGO

Si vive y le veis, ¿capaz
de conocerle seréis?

MARQUÉS

¡Si vive habéis dicho!

RODRIGO

Sí.

MARQUÉS

¿Tenéis, pues, noticias de él?

RODRIGO

¿Recibisteis un papel
anónimo?

MARQUÉS

Recibí
uno ayer.

RODRIGO

¿Y qué os decía?

MARQUÉS

Las señas de un personaje
me daban que iba de viaje
y aquí a hospedarse vendría;
mandábanme a un comerciante
que me daría dinero
para pagar del viajero
el gasto, y que en el instante
fuera a cobrarlo y corriera
con el pago, y tras el tal
viajero hacia Portugal
la vuelta sin falta diera.

RODRIGO

¿Y cobrasteis?

MARQUÉS

Sí, cobré.

RODRIGO

¿Y pagasteis?

MARQUÉS

¿Pues cobrado
por mí, no fuera pagado?

RODRIGO

Perdonad, ¿e iréis?

MARQUÉS

Iré.

RODRIGO

¿Luego sabéis de quién es
el anónimo?

MARQUÉS

Aunque no
lo sé, jamás me engañó

en uno.

RODRIGO

¿Os ha escrito, pues,
otros?

MARQUÉS

Varios.

RODRIGO

Sobre asuntos...

MARQUÉS

Secretos.

RODRIGO

Mas ¿ciertos?

MARQUÉS

Sí.

Siempre que salieron vi
ciertos en todos sus puntos.

GABRIEL

(¡Con famosos servidores
cuenta el rey Don Sebastián!)
¡Pobres reyes! ¡Siempre dan
con tontos o con traidores!)

MARQUÉS

Si he concluido, no es cosa
de estarme aquí sin provecho.

RODRIGO

Perdonadme que aún insista;
mas ya que memoria y vista
tenéis, de ese hombre en acecho
estad, y del rey en nombre
os mando decir, marqués,
si le conocéis, quien es.

GABRIEL

(Santillana es todo un hombre.)

MARQUÉS

(¿Qué diablos de juego es éste?)

Posición más engorrosa!)

RODRIGO

(A GABRIEL.)

Señor Gabriel Espinosa,
permitid que os manifieste
que habéis descortés andado
con el marqués de Tavira
que está mirándoos con ira.

GABRIEL

¿Se lo habéis vos ordenado?

RODRIGO

Ved que son los portugueses
quisquillosos; despedidle
al menos; vamos, decidle
cuatro palabras corteses.

GABRIEL

Voy, pues que vos lo queréis.

RODRIGO

(Yo apuraré la mentira.)

GABRIEL

¿Señor marqués de Tavira?

MARQUÉS

¡Jesucristo!

GABRIEL

¿Qué tenéis?

MARQUÉS

Señor... ¿Sois vos?... ¿Aún vivís?

GABRIEL

¡Si vivo! ¿Pues no lo veis?

¿Pero qué diablos decís?

MARQUÉS

¡Ese gesto, ese ademán,
esa voz, ese semblante
que no olvidé ni un instante!
(Cae de rodillas.)

Es el rey Don Sebastián.

GABRIEL

¡Imbécil! A ser de cierto
Don Sebastián, ¿no reparas
que antes que me delataras
a mis pies te hubiera muerto?

MARQUÉS

¡Jesús!

GABRIEL

Señor Santillana,
¿que sé, daréis por supuesto,
que sois vos quien me ha dispuesto
una farsa tan villana?

RODRIGO

¡Yo! ¿Farsa?... ¿Y con qué interés?

GABRIEL

Salta a los ojos; es fuerza
que ya la opinión se tuerza
del buen pueblo portugués.
Interesa a un impostor
ahorcar porque más en él
no espere y soy yo, Gabriel,
el que os parece mejor.
Ya veis que os he comprendido.
Vos y ese hombre los traidores
sois aquí y los impostores;
con él estáis convenido.

RODRIGO

¡Yo!

GABRIEL

Traedme otro marqués.
como ese; aunque sean doce.
Ni ese sandio me conoce,
ni es noble, ni es portugués.

(GABRIEL se mete desenfadadamente en su cuarto, dejando estupefactos al MARQUÉS y a DON RODRIGO.)

Escena VIII

DON RODRIGO, el MARQUÉS DE TAVIRA.

RODRIGO

Ese hombre me va a volver
el juicio a mí. ¡Por mi vida
que está buena la salida!
No me queda más que ver.
Mas me pone en confusión
su aplomo, su majestad
y su audacia... ¿Habrá verdad
en esta resurrección?

MARQUÉS

Sandio dijo..., sandio soy,
mas contenerme no pude.

RODRIGO

¿Es él?

MARQUÉS

No habrá quien lo dude.

RODRIGO

¿Estáis seguro?

MARQUÉS

Lo estoy.

RODRIGO

¿Engañado no os habrán
vuestro error y su apariencia?

MARQUÉS

No.

RODRIGO

¿Jurarais en conciencia?...

MARQUÉS

Que es el rey Don Sebastián.
(Llamando.)

RODRIGO

El capitán Santillana.

Escena IX

DON RODRIGO, el MARQUÉS, DON CÉSAR.

RODRIGO

Ruégoos que me perdonéis,
señor marqués, mas me obliga
mi deber a hacer que el viaje
suspendáis.

MARQUÉS

(Ya no podría
continuarlo; ya le he visto
y a verle nada más iba.)

RODRIGO

(A DON CÉSAR, aparte.)
Escucha, César.

CÉSAR

Decid.

RODRIGO

Antes de que apunte el día
deben de partir los presos.

CÉSAR

¿Adónde van?

RODRIGO

A Medina
del Campo.

CÉSAR

¿Pues qué razones
hay?

RODRIGO

Dos: aquí la atrevida
audacia de algunos pocos
que mucho a Gabriel estiman

pudiera hacer un arresto
y burlar a la justicia.

CÉSAR

¿Sabéis, pues?...

RODRIGO

Yo no sé nada.

La situación se complica
de tal modo que no hay ciencia
ni sagacidad que sirvan
para dominarla. Doña
Ana de Austria, sobrina
del rey y abadesa ahora
de las monjas agustinas
de Madrigal, y otras muchas
personas como ellas dignas
de respeto, es menester
que declaren. En la villa
de Madrigal peligroso
fuera instalarme. En Medina
hay cárcel segura, estoy
casi a la distancia misma
de aquí que de Madrigal,
y hay algunas compañías
de arcabuceros.

CÉSAR

¿Pues tantas
precauciones son precisas?

RODRIGO

Todas son pocas tratándose
de una cabeza proscrita,
que puede hacer la desgracia
de toda una monarquía.
Tú le escoltarás, y luego
partirás a toda prisa
a la corte, para el rey
con una consulta mía.
Voy a mandar las literas
traer, y estar prevenida
la escolta que has de llevar.
César, la más exquisita
vigilancia ten; con ellos
vas guardando nuestras vidas.

Adiós. Seguidme si os place,
señor marqués de Tavira.

Escena X

DON CÉSAR, después DOÑA AURORA.

DON CÉSAR aguarda a que se vayan DON RODRIGO y el marqués. Escucha un momento a la puerta del fondo y va a abrir la primera de la izquierda, donde está el cuarto de DOÑA AURORA, llamándola con precaución.

CÉSAR

¿Aurora?... ¿Aurora?... Cerráronla
en la cámara vecina
sin duda porque no oyera
lo que en ésta sucedía.
(Entra y vuelve a salir con DOÑA AURORA.)
Venid, Aurora.

AURORA

¿Qué pasa,
capitán, que así os obliga
a llamarme?

(DON CÉSAR cierra la puerta del fondo.)

¿A qué cerráis
las puertas con tanta prisa?

CÉSAR

¡Aurora, Aurora! Esta casa
es ya una cárcel sombría
para vosotros.

AURORA

¡Dios mío!
¿Qué decís?

CÉSAR

De la justicia
en poder estáis. Gabriel
con pertinacia inaudita
se obstina en callar, e inútil
todo es con él. Ni le obligan

las ofertas, ni le mueven
los ruegos, ni le dominan
las amenazas. Impávido
hacia el abismo camina
con el semblante sereno
y en los labios la sonrisa,
cual si pudiera de un soplo
disipar la enfurecida
tempestad en que sin rumbo
va la nave de su vida.

AURORA

Capitán, es inflexible;
sus acciones son siempre hijas
de una decisión resucita
y de una convicción íntima,
y no cede.

CÉSAR

Pues os lleva
esa condición altiva
hoy, antes que raye el alba,
a la cárcel de Medina
bajo mi custodia.

AURORA

¿Entonces?...

CÉSAR

Ya os he dicho que no había
ley ni deber que valiera
para mí lo que una mínima
insinuación vuestra. Habladle
vos que sois su amor, su hija;
habladle y decidle: «Huyamos;
don César nos facilita
la fuga, huyamos...» y huid,
Aurora. Y ya que mi vida,
por un tenebroso arcano
que vuestro padre no explica,
está ¡ay de mí! para siempre
de la vuestra dividida,
huid, y al menos debédme la
aunque pierda yo la mía.
Huid. Nada hay que me espante:
seré traidor, si es precisa

la traición para salvaros.

AURORA

Dios hará que tal mancilla
sobre vuestro honor no caiga.

(Mira por el hueco de la cerradura del cuarto de GABRIEL.)

Él va a salir... ¡Que me asista
rogad al cielo!... Y dejadme
con él.

(Vase DON CÉSAR, cerrando la puerta.)

Trae embebecida
su alma en los pensamientos
de hiel que le martirizan.

(Sale GABRIEL, sombrío, los brazos cruzados, sin ver a AURORA, que se ha retirado a un lado, y habla consigo mismo.)

Escena XI

DOÑA AURORA, GABRIEL.

GABRIEL

A él solo, sí, desenredar le toca
la peligrosa red que se me tiende;
sólo el rey puede descoser mi boca;
él sólo; si me salva o si me vende,
él con Dios se verá; no es cuenta mía.
Yo acepto mi fortuna, tal cual sea
la que el cielo me dé; mas vendrá un día
en que todo mortal con Dios se vea,
y en aquel día en que de Dios espero
temblar ante el semblante soberano,
yo, de cetro en lugar, tener prefiero
una palma de mártir en la mano.

AURORA

¿Ni una mirada para mí?

GABRIEL

Mi Aurora,
único sol que en mi sombría frente
disipa con la luz de una sonrisa

las nubes del pesar que la ennegrecen,
perdóname si en reflexiones tristes
abismado ante ti pasé sin verte.
Mas ¿por qué el llanto tu mirada enturbia?
¿Por qué la agitación que te conmueve?
¿Qué te asusta, mi bien?

AURORA

Riesgos traidores
te acechan por doquier, tal vez la muerte,
¿y te admira, señor, de que mi llanto
copioso y triste mis mejillas riegue?

GABRIEL

Te engañas.

AURORA

Tú. La misteriosa nube
que impenetrable tu existencia envuelve
es fuerza que hoy ante la ley se rasgue
de un juez, terror de cuantos nobles seres
asilo hallaron, nacimiento o nombre
de Tajo y Miño en las riberas fértiles.

GABRIEL

¿Quién te lo ha dicho?

AURORA

Yo lo sé.

GABRIEL

Pregunto
quién te lo ha dicho.

AURORA

El capitán, que tiene
más de leal, de noble y generoso
que tú de franco con quien más te quiere.

GABRIEL

¡Aurora!

AURORA

No receles que mis labios
dejen salir palabras imprudentes
que a impulso de un amor desatinado

complique más la situación presente.

GABRIEL

¿De don César, al fin, desventurada
al fuego dio tu corazón albergue?

AURORA

Mi corazón entero es de otro hombre
y me son los demás indiferentes
Ni te hablara yo de él en esta hora
que habrá de ser para los dos solemne.
Yo quiero al capitán porque tú mismo
me viniste a decir: «Aurora, quíerele;
mas yo le quiero porque tú lo mandas,
porque quiero no más lo que tú quieres.

GABRIEL

Quiérelle, Aurora, porque ya es acaso
el solo amigo que tu padre tiene.

AURORA

¡Mi padre, sí, mi cariñoso padre!...
¿No es éste el nombre que emplear conviene
en esta situación?

GABRIEL

Silencio, Aurora;
que es el encanto de mi vida advierte
ese nombre feliz.

AURORA

Pero ese nombre,
dímelo de una vez, ¿te pertenece?

GABRIEL

¿Quién te lo hizo dudar? ¿Quién te lo dijo?

AURORA

La que a tu lado y con placer mil veces
y acaso en busca de la paz perdida
veló tu sueño y sorprendió inocente
tu secreto.

GABRIEL

¡Gran Dios! ¿Y nada dije
de mi vida anterior? ¿De otros placeres,

de otros tiempos, en fin?

AURORA

Nada dijiste,
nada, señor; mas aunque dicho hubieres
en el pecho de Aurora lo enterraras,
que en ti a sufrir como a callar aprende.

GABRIEL

(¡Miserable de mí! Porque el misterio
que intentan aclarar oculto quede
siempre en mi corazón, ¿será preciso
que yo mismo la lengua me cercene?)
(GABRIEL escucha desde aquí como distraído en sombrías reflexiones.)

AURORA

Padre...

GABRIEL

Explícate, Aurora.

AURORA

Oye: al impulso
de una curiosidad impertinente,
o de otro sentimiento inexplicable
que en mí se agita y que en mi alma enciende
la misteriosa luz de una esperanza
lejana, incierta, misteriosa, débil,
cedí, señor, y en la callada noche
mi lecho abandoné... porque a mi mente
mil visiones de amor se amontonaron
en confuso tropel, puras y alegres
como las olas que la mar en calma
sobre sus lomos incansables mece;
como las aves que en el árbol saltan
trinando al son de la escondida fuente.

GABRIEL

Prosigue, Aurora.

AURORA

Abandoné mi lecho
y al tuyo me acerqué, como quien teme
ser sorprendido en criminal intento
por un extraño que a su lado duerme.
Tu faz un punto contemplé y mi labio

un ósculo filial puso en tu frente.
¿Me oyes, Gabriel?

GABRIEL

Prosigue, Aurora mía,
tu voz la voz de un ángel me parece.

AURORA

Al contacto sutil del labio mío
sonreíste, señor; y tu voz débil
oí que el nombre mío murmuraba
entre esos ayes con que el mal divierte
de una pasión el que vivió en el mundo
secretos hondos ocultando siempre;
y entonces supe por la lengua misma
que hablar en sueños indiscreta suele,
que si es la tuya misterioso arcano
espesa sombra mi existencia envuelve

GABRIEL

¿Y entonces?

AURORA

Me aparté ruborizada
de quien mi padre no es; sentí más fuerte
latir mi corazón; sentí otra sangre
circular por mis venas más ardiente;
sentí en presencia del mayor cariño
mi cariño filial desvanecerse,
y al apartarme de tu lecho trémula
un ósculo de amor grabé en tu frente.

GABRIEL

No lo digas jamás, Aurora mía.
Jamás a nadie tu pasión reveles.
Quema los labios que en mi frente seca
pusiste; quema el corazón rebelde
que, el cariño filial de sí arrojando,
dio a mi cariño en su lugar albergue.

AURORA

Es ya tarde, Gabriel. Mi amor es hijo
de tu callado amor.

GABRIEL

Tú lo mereces;

tú eres la sola flor que brotar hizo
en mi camino Dios... Dios, que al ponerme
sobre la tierra, me alfombró de espinas
la senda que mis pies recorrer deben;
pero yo no merezco tu amor santo;
yo soy un árbol cuyo tronco estéril
despojado de vida por el rayo,
ya ni sombra, ni flor, ni aroma tiene.

AURORA

No, no; tú eres un árbol cuya sombra
cobijó mi niñez; cuyo ámbar bebe
mi pobre corazón, de quien tú sólo
sombra, delicia y alimento eres.
Dios me entregó a tus brazos en mi infancia,
porque Dios quiso que en tu pecho ardiente
brotase, para encanto de tu vida,
de esta pasión correspondida el germen.

GABRIEL

Tienes razón, Aurora; reconozco
en tu amor la piedad omnipotente.
Tienes razón, Aurora, Dios del cielo
te envía... un ángel de los cielos eres.

AURORA

Escúchame, Gabriel.

GABRIEL

Habla.

AURORA

En el nombre
de esa pasión que en nuestras almas hierva
desaparezcan hoy esos misterios
que nuestras dos historias oscurecen.

GABRIEL

Imposible.

AURORA

No temas que me espante,
Gabriel, ni me arrepienta, conociéndote
de haberte amado nunca.

GABRIEL

Es imposible.

AURORA

Habla. Dime quién soy; dime quién eres.
Si eres villano y en tus venas viles
la sangre impura y maldecida tienes
de raza hebrea o de morisca tribu,
yo te amaré, Gabriel; si reales puedes
ostentar de tu estirpe en el escudo
coronados y esplendidos cuarteles,
yo te amaré, Gabriel; si eres acaso
criminal fugitivo y por mí temes
de un patíbulo infame la deshonra,
yo te amaré, Gabriel; llama si quieres
a un sacerdote y que con lazo eterno
anude nuestras almas; y no pienses
que el deshonor de criminal memoria
me humille. Te amo con amor tan fuerte
que oraré mientras viva en tu sepulcro,
orgullosa del nombre que me dejes.

GABRIEL

¡Calla, Aurora, deliras!

AURORA

Un momento,
Gabriel, óyeme aún, no te impacientes
Si eres un impostor, un ambicioso
cogido al fin entre sus propias redes,
huyamos; tienes ocasión y tiempo.
Sí, nuestra fuga el capitán protege;
huyamos, nuestro amor y nuestra infamia
arrastrando a remoto continente.

GABRIEL

¡Aurora!

AURORA

Hoy a la cárcel de Medina
rayando el alba trasladarnos deben,
y el capitán, que en nuestra guarda parte...

GABRIEL

Silencio, Aurora, ¿deshonrarle quieres
para salvarte tú? ¿Sabes que si huyo
cuando en su guarda el infeliz me lleve

morirá en mi lugar y que al fugarme
me doy por criminal siendo inocente?
Yo no huiré jamás; ni sé, ni quiero,
ni nací para huir; ya muchas veces
la he visto cara a cara, y en el pecho,
no por la espalda, me herirá la muerte.

AURORA

Hiéranos a los dos un mismo golpe.

GABRIEL

Tú no debes morir; aún que hacer tienes
sobre la tierra.

AURORA

¿Qué sin ti?

GABRIEL

Llorarme.

AURORA

¿Lo mandas?

GABRIEL

Yo, no: Dios; obedece.

Dios me pone en los labios un candado;

no lo intentes romper. Pura, inocente,

noble eres tú; si a deshonrada tumba

mi silencio me lleva, Dios lo quiere.

Inclina, Aurora, la cabeza humilde

bajo la voluntad omnipotente,

y ora en mi tumba sin vergüenza, Aurora.

Mártir me quiere Dios y obedecerle

es fuerza. Vive; y si te dice el mundo

que he sido un impostor, el mundo miente.

Yo no he dicho jamás que era el que buscan

y a morir me enviarán sin conocerme.

Ora en mi tumba sin vergüenza, y ora

mientras los hombres libertad te dejen;

y si te culpan como a mí, en silencio

digna siempre de mí como yo muere.

AURORA

¿Tú me lo mandas? Obedezco: sea,

Gabriel; digna de ti quiero ser siempre.

Escena XII

DOÑA AURORA, GABRIEL, DON CÉSAR.

CÉSAR
Don Rodrigo sube.

GABRIEL
(A DON CÉSAR.)
Oíd
antes. Si en algo apreciáis
a Aurora, ved cómo enviáis
ese papel a Madrid.

(GABRIEL da una carta a DON CÉSAR, que la toma rápidamente.)

CÉSAR
Sabéis que mi fe la aprecia
en más que mi mismo honor.
Yo lo llevaré.

GABRIEL
Al señor
embajador de Venecia.

Escena XIII

Dichos, un ALGUACIL, después DON RODRIGO.

ALGUACIL
(Entrando.)
Su señoría.

GABRIEL
Aguardamos
sus órdenes.

RODRIGO
(Entrando.)
Os espera
allá abajo una litera,

señor Gabriel.

(GABRIEL, tomando de la mano a DOÑA AURORA y dirigiéndose a la puerta, dice:)

GABRIEL

Pues partamos.

RODRIGO

¿Ni inquirís adónde vais
ni tomáis vuestro equipaje?

GABRIEL

Vos que disponéis mi viaje
sabréis cómo me lleváis.

RODRIGO

Conmigo.

GABRIEL

Pues ya tardamos.

RODRIGO

Vuestros cofres van con sellos.

GABRIEL

Haced lo que os plazca de ellos.

RODRIGO

Pues cuando gustéis.

GABRIEL

Pues vamos.

(Vanse: delante GABRIEL con DOÑA AURORA, luego DON RODRIGO y DON CÉSAR.)

ACTO III

Sala de juicio en la cárcel de Madrigal; decoración ochavada; puerta en el fondo; balcón a la derecha; al mismo lado, en la segunda caja, puerta del calabozo de GABRIEL; puertas a la izquierda de otros calabozos; mesa con papeles, plumas, etc.

Escena I

DON RODRIGO y el ESCRIBANO, sentados a la mesa. GABRIEL, al otro lado, en un sillón reclinado tranquilamente, y como ajeno a lo que pasa a su rededor.

ESCRIBANO

Señor, no duermes.

RODRIGO

¿Y qué mal
halláis en que esté despierto?

ESCRIBANO

Que escucha.

RODRIGO

Es un hombre muerto;
que escuche o no ya es igual.
Seguid leyendo.

ESCRIBANO

(Tomando un papel de la mesa.)
Un oficio
del doctor don Juan de Llanos.

RODRIGO

¿Qué dice?

ESCRIBANO

Que siendo vanos
interrogatorio y juicio,
mandó dar a fray Miguel
el día cinco tormento.

RODRIGO

¿Y qué dijo?

ESCRIBANO

Que era invento
suyo lo de que Gabriel
fuese el rey de Portugal,
y que le movió a este engaño
el intento de hacer daño
al rey don Felipe.

RODRIGO

Mal
salió. Leed.

ESCRIBANO
(Otro papel.)
Petición
de la nominada Aurora.

RODRIGO
¿Y qué pide esa señora?

ESCRIBANO
Ver a su padre.

RODRIGO
Ocasión
llegará de que le vea
cuando esté ya confirmada
su sentencia, y no haya nada
que temer de que así sea.

ESCRIBANO
(Otro papel.)
Novena solicitud
del preso llamado Arbués.

RODRIGO
¿Qué solicita?

ESCRIBANO
Que, pues
vivirá poco, en virtud
de haberle dado tormento,
se quisiera despedir
de su amo antes de morir.

RODRIGO
No ha lugar hasta el momento
de la real confirmación
de su sentencia, si vive.

ESCRIBANO
(Otro papel.)
Una carta que os escribe
un anónimo.

RODRIGO

Cuestión
diaria: amenazas, fieros
contra mí y contra los jueces;
juramentos y sandeces
de rebeldes o embusteros.
Adelante.

ESCRIBANO

(Una carta.)
Para el juez
don Rodrigo Santillana;
llegó de Madrid.

RODRIGO

¡Pardiez!
¿Y así os estabais con ella?
Dadme acá.

ESCRIBANO

Tomad, señor.

RODRIGO

De César.
(Leyendo.)
«Del portador
mañana sobre la huella
partiré; media jornada
ante mí llegará a esa.
Ni puedo darme más priesa,
ni hasta hoy el rey hizo nada».
¡Gracias a Dios que tocamos
en el fin de ese proceso!
Llevaos vos todo eso,
escribano.

ESCRIBANO

¿Os esperamos?

RODRIGO

Afuera; y si algún correo
de la corte de Madrid
llega, que suba decid
al punto.

ESCRIBANO Está bien.

(Vase el ESCRIBANO.)

Escena II

GABRIEL, DON RODRIGO.

RODRIGO

(Deseo
salir de este laberinto
de una vez y de ese hombre
a quien no hay nada que asombre.
Me repugna por instinto.
Su faz sombría, su calma
imperturbable, su irónica
conversación, su sardónica
sonrisa eterna en el alma
me infunden honda inquietud.
No me acusa la conciencia
de nada; di la sentencia
con severa rectitud,
conforme a ley; mas presiento
que hay en todo esto un arcano
que sondar pretendo en vano
y deja sin complemento
la obra de la justicia.
Exhala ese hombre satánico
no sé qué de frío y pánico
Creo que me maleficia.
En fin, poco resta ya.
Si el rey la sentencia envía
firmada, el último día
es hoy que calor le da.)
¿Dormís, señor Espinosa?

GABRIEL

Casi, casi, señor juez.

RODRIGO

¿Cansado estáis?

GABRIEL

¡Pse!

RODRIGO
¿Tal vez
sufrís dolor?

GABRIEL
Poca cosa.

RODRIGO
Aquí estaréis menos mal
que en la torre.

GABRIEL
Así, así.

RODRIGO
Que apreciarais más creí
mi caridad.

GABRIEL
Me es igual.

RODRIGO
¿Tal vez me guardáis rencor
por la cuestión?

GABRIEL
¡Brava pena,
por Dios!

RODRIGO
La prueba fue buena.

GABRIEL
Pudo haber sido mejor.

RODRIGO
Confieso que fue cruel
el tormento.

GABRIEL
Pero inútil.

RODRIGO
¿Lo creéis prueba tan fútil?

GABRIEL

Ya lo veis.

RODRIGO
Volver a él
podemos aún.

GABRIEL
Volvierais
a ver lo que visteis ya.

RODRIGO
La segunda vez quizá
vuestro silencio romperais.

GABRIEL
Sería inútil fatiga;
y ahora que hablamos de esto,
de hoy para entonces protesto
contra todo cuanto diga;
y ya podéis calcular
que si en negar doy después
lo dicho, el tormento es
cuento de nunca acabar.

RODRIGO
¡Por Dios que sois hombre fuerte
y gastáis bizarro humor!

GABRIEL
Soy terco y sufro el dolor;
soldado soy, y a la muerte
voy como iba a la pelea:
Más despacio o más aprisa
hallarla es cosa precisa,
mas temerla es cosa fea.

RODRIGO
Vuestra fortaleza envidio;
mas noto en vos ha un momento
tristeza y decaimiento.
¿Qué tenéis?

GABRIEL
Que me fastidio.

RODRIGO

¡Que os fastidiáis!

GABRIEL

Sí, a fe mía!

Tres meses ha que aquí estoy
y lo mismo hacemos hoy
que hicimos el primer día.
«Traed ante mí a Gabriel».

Vuelta vos a preguntar,
vuelta yo a no contestar.
«Al calabozo con él».

Vuelve a amanecer el día,
y vuelta a sacar al preso,
y vuelta a leer el proceso,
y vuelta a nuestra porfía.
«Hablad, señor Espinosa.
-No quiero, señor alcalde.
-Qué habéis de hablar. -Que es en balde».

Y siempre la misma cosa.
No hubo más que la semana
en que me disteis tormento
que variara... y ya me siento
casi bueno, Santillana.

RODRIGO

Me amedrenta, ¡vive Dios!
vuestra eterna sangre fría.

GABRIEL

También me amedrentaría
a mí si fuera que vos.

RODRIGO

Vuestra osada impavidez
cada día toma creces.

GABRIEL

Sí; parecemos a veces
el reo vos y yo el juez.

RODRIGO

Es que a veces hallo en vos
un misterio que me espanta.

GABRIEL

Es que tal vez se levanta

tras mí la sombra de Dios.
(Pausa.)

RODRIGO

Yo creo, señor Gabriel,
que no es Dios, es Satanás
quien de vos está detrás
y os dejáis llevar por él.
¿A qué hombre de sano seso
no hartaran vuestras pesadas
continuas baladronadas
que llenan vuestro proceso?
¿Qué son, pues, vuestras preñeces
y siniestras reticencias?

GABRIEL

Tembladlas si son sentencias;
reídlas si son sandeces.

RODRIGO

Pues bien: hablad de una vez;
si ese secreto fatal
existe en vos, hacéis mal
de ocultarlo a vuestro juez.
Si sois quien juzgan, decid:
«Yo soy»..., probadlo y mañana...

GABRIEL

(Variando de tono.)
¿Cuándo vendrá, Santillana,
el capitán de Madrid?

RODRIGO

Hoy mismo.

GABRIEL

¡Gallardo mozo!
¿Le queréis mucho?

RODRIGO

¿Pues no,
si es mi hijo?

GABRIEL

También yo
le quiero bien y me gozo

con su vista. ¿No tenéis
más hijos que él?

RODRIGO
Nada más.

GABRIEL
¿Ni los tuvisteis jamás?

RODRIGO
Las preguntas que me hacéis,
Espinosa...

GABRIEL
Son sencillas.

RODRIGO
No sé qué se me figura
que hay en ellas...

GABRIEL
¿Por ventura
os pregunto maravillas?
Tenéis un hijo mancebo
y si hubisteis os pregunto
más que él; no hay en el asunto
de mi cuestión nada nuevo.

RODRIGO
¡Jamás podré conseguir
arrancar de vuestra faz
ese sarcasmo tenaz!
¿Qué me tenéis que decir?
Acabemos, Espinosa.
Esa burlona altivez
que excita en mí alguna vez
una duda misteriosa,
¿qué significa? Parece
que no os habéis convencido
de que juzgado habéis sido,
de que ya no os pertenece
vuestra acotada existencia,
y de que según la ley
no falta sino que el rey
confirme vuestra sentencia.
¡Parece que en vuestro pecho

hay una firme esperanza
que os da audacia y confianza
contra esa ley!

GABRIEL
Es un hecho.

RODRIGO
¿Creéis que no firmará
el rey?

GABRIEL
Esa es cuenta suya.
Dios por sus obras le arguya.
¿Le habéis vos escrito ya
que pido verle?

RODRIGO
Y respuesta
aguardo; ¿mas si apeláis
al rey en vano?

GABRIEL
Me ahorcáis,
y se concluyó la fiesta.

(DON RODRIGO mira a GABRIEL con asombro; GABRIEL permanece sereno.)

RODRIGO
Sospéchome que estáis loco.

GABRIEL
Tal vez.

RODRIGO
Aunque más bien creo
que es otro vuestro deseo.

GABRIEL
¿Cuál creéis?

RODRIGO
Ir poco a poco
dilatando la sentencia,
dando a entender que aún hay más
que esperar de vos.

GABRIEL

Quizás.

RODRIGO

Pues os protesto en conciencia
que hoy tendrá fin vuestro afán;

si el rey no manda otra cosa

morís hoy por Espinosa,

o por rey Don Sebastián.

Basta ya de dilaciones;

harto estoy de toleraros

y me es ya en mengua trataros

con tales contemplaciones.

Vos sois un villano artero,

un taimado embaucador

que esperáis suerte mejor

dándoos por un caballero.

¡Un necio que aguarda en vano,

negándose a confesar,

que nunca le han de matar

como a un infame pagano

sin confesión! Mas caéis

en un miserable error:

si no queréis confesor,

sin confesión moriréis.

Y no tenéis que cansaros;

no me habéis de aventajar;

si os obstináis en callar,

yo me obstinaré en ahorcaros.

¿Ahora os reís?

GABRIEL

(Riéndose.)

¡Sí, por Dios!

Y no he muerto ya de hastío

porque, como ahora, me río

mil veces.

RODRIGO

¿De qué?

GABRIEL

De vos.

RODRIGO

¿De mí? En vuestra audacia loca
os olvidáis, a mi ver,
que os puedo mandar poner
una mordaza en la boca.

GABRIEL

Verme mudo os diera pena;
de que es estoy persuadido
mi voz para vuestro oído
el cantar de la sirena.
¡Mordaza! De vuestros fieros
a pesar, si lo procuro
de veras, estoy seguro,
señor juez, de adormeceros.
Ya me parece, ¡pardiez!,
que comenzáis a turbaros
y no he hecho más que miraros.
Os voy a decir, buen juez,
lo que pasa en vuestro pecho:
a fuerza de ir y volver
sobre quién soy, de mi ser
un fantasma os habéis hecho.
Ser superior me imagina
vuestra razón exaltada,
y mi voz y mi mirada
os deslumbra y os fascina.
Todo se os vuelven antojos;
si os miro fijo a la cara,
os turbáis como si echara
fuego o sangre por los ojos.
Si en paz llevando mi suerte
alejo de mí el pesar,
creéis que voy a evitar
con algún filtro la muerte.
Si de vuestros hijos hablo
y por ellos os pregunto,
no parece sino asunto
de vendérselos al diablo.
Si levanto un poco más
estando solos la voz,
cual de una bestia feroz
teméis, y os echáis atrás.
Y si al hablarme con saña
vos, os hablo con violencia,
os dobláis en mi presencia
como ante el viento la caña.

Tan hondo y siniestro influjo
he adquirido sobre vos,
que, ¡no os lo demande Dios!,
me estáis suponiendo brujo.
No parece, Santillana,
sino que sabéis que puedo
haceros temblar de miedo
cuando me diera la gana.
¿Y no es verdad, don Rodrigo,
no es verdad que mi semblante
os está siempre delante;
que andáis, que soñáis conmigo?
¿No es verdad que se os alcanza
que tendrá alguna razón
al mostrar mi corazón
tan osada confianza?
¿No es verdad que todo cabe
en hombres y que tal vez
en vuestra vida de juez
hay algún secreto grave
que creéis hundido vos
en la eternidad oscura,
y que teméis por ventura
que me lo revele Dios?
¿No es verdad que cuando a solas
hablo con vos, don Rodrigo,
va vuestra alma en lo que os digo
como nave entre las olas,
esperando de un momento
a otro verse sumergida
por la mar embravecida
de mi airado pensamiento?
¿No es verdad que habéis cruzado
una vez el Portugal
y cerca de Setubal
en mitad de un despoblado
un monasterio habéis visto
cuya sagrada vivienda
fue teatro de una horrenda
profanación?

RODRIGO
¡Jesucristo!

GABRIEL
¿No es verdad que cuando clavo

mis ojos en vuestro rostro
os hieló el alma y os postro
a mis pies como un esclavo?
¡De rodillas, Santillana!
Vuestra vida está en la mía;
viviréis más que yo un día;
si yo muero hoy, vos mañana.

RODRIGO
¡Dios me valga!
(DON RODRIGO se arrodilla.)

GABRIEL
¡Calla! ¿Y vos
lo tomáis como os lo digo?
Si esto es farsa, don Rodrigo;
serenaos, ¡vive Dios!

RODRIGO
¿Conque es decir?...

GABRIEL
Que divierto
mi fastidio, Santillana.

RODRIGO
(Furioso.)
No haréis lo mismo mañana.

GABRIEL
(Con calma.)
Ahorcándome hoy, no por cierto.

Escena III

Dichos, el ALGUACIL.

ALGUACIL
Su merced el capitán
Santillana.

GABRIEL
Que nos cae
del cielo.

RODRIGO
Y que el fallo trae
del rey.

GABRIEL
Fin de nuestro afán.

Escena IV

DON RODRIGO, GABRIEL, DON CÉSAR.

RODRIGO
¿Traes tú los despachos?

CÉSAR
Sí.
Mas ¿qué tenéis, padre?

RODRIGO
Nada.
¿Traes la sentencia aprobada?

CÉSAR
Sí.

RODRIGO
¿Dónde está?

CÉSAR
(Dándole un papel.)
Vedla aquí.

(DON RODRIGO toma, abre y lee el pliego que le da DON CÉSAR y dice llamando:)

RODRIGO
¡Hola!

(Entran algunos ALGUACILES y el ESCRIBANO.)

Cúmplase la ley.
Avisad al confesor
y al verdugo ejecutor

de las justicias del rey.
Escribano, evacua vos
la postrera diligencia:
intimadle la sentencia,
y que se encomiende a Dios.

CÉSAR
Señor...

RODRIGO
¡Silencio! Leed.

ESCRIBANO
(Empezando a leer.)
Vista y fallada...

RODRIGO
(Interrumpiéndole.)
Adelante.
La aprobación es bastante;
fórmulas a un lado, haced.

ESCRIBANO (Leyendo.) «Y en atención a que en los cofres de dicho Gabriel Espinosa han sido halladas muchas prendas y joyas de valor, pertenecientes a la persona de nuestro difunto sobrino Don Sebastián, rey de Portugal, sin que haya podido probar Espinosa la legitimidad de su adquisición y posesión; y en atención a que el marqués de Tavira y fray Miguel de los Santos y otros señores castellanos y portugueses han declarado, unos en juicio y otros en tormento, que le tienen y han tenido desde que le vieron por el rey Don Sebastián; y habiéndose probado que muchos nobles portugueses le han visitado en Madrigal para reconocerle, y que en su nombre se han escrito cartas, contraído empréstitos y armado gentes para concitar a la rebelión a los pueblos en favor suyo; y teniendo en cuenta que dicho Gabriel Espinosa no ha negado nunca ser él el mismo rey Don Sebastián, antes ha contribuido a hacer creer a los incautos que lo es efectivamente, no declarando jamás quién sea en realidad, dándose ya por una persona, ya por otra, y aparentando el gesto, las acciones y las señales exteriores que, a su parecer, pueden convenir mejor con los recuerdos y las pinturas que de Don Sebastián se conservan entre los que en vida le conocieron; y considerando, en fin, que el cuerpo de dicho rey fue por Nos rescatado del poder de Muley Mahamet y traído de África al monasterio de Belén, donde yace sepultado; aprobamos y confirmamos la sentencia contra él dada, y le declaramos impostor infame, traidor a su rey y usurpador del nombre del rey Don Sebastián. Por cuyas razones le condenamos a ser arrastrado y ahorcado y descuartizado, y puesta su cabeza en una lanza a una de las salidas del pueblo de Madrigal, en donde vivió, para desengaño de incautos y escarmiento de traidores.

YO EL REY».

GABRIEL (Con ira.)
¿Traidor yo, impostor infame?
¿Muerte a mí con tal afrenta?
(Serenándose.)
Que Dios me la tome en cuenta
cuando a su juicio me llame.
(Al ESCRIBANO.)
¿Tenéisme más que leer?

ESCRIBANO
Nada más.

GABRIEL
Pues despachemos
y tiempo no malgastemos.
Sea lo que haya de ser.

CÉSAR
(¡Indomable corazón!)

RODRIGO
(¡Incomprensible fiereza!
Ni aun inclinó la cabeza
para oír la intimación.)

GABRIEL
Alcalde, estáis demudado,
trémulo..., ¡por vida mía!
Cualquiera imaginaría
que erais vos el sentenciado.

RODRIGO
(Airado.)
Pronto lo viera. Tenéis
de vida tres cuartos de hora.

GABRIEL
Son las cinco y cuarto ahora.

RODRIGO
Encerradle.

GABRIEL
(A DON RODRIGO.)
Hasta las seis.

RODRIGO
Despejad.

(Llevan a GABRIEL a su encierro y vanse el ESCRIBANO y los ALGUACILES por el fondo.)

Escena V

DON RODRIGO, DON CÉSAR.

CÉSAR
Padre, ¿qué es esto?

RODRIGO
Que es fuerza que ese hombre muera.

CÉSAR
Dadle un día

RODRIGO
Ni siquiera
una hora.

CÉSAR
Que dispuesto
muera al menos cual cristiano.

RODRIGO
Muera, y sea como fuere.

CÉSAR
¡Sin confesión!

RODRIGO
No la quiere;
es un hereje, un pagano.

CÉSAR
Padre, estáis ciego de ira.

RODRIGO
Ira es lo que aparento,
ira, César; pero miento,
es terror lo que me inspira

ese hombre de Satanás.
Y yo, ¡imbécil!, que le daba
tormento porque no hablaba;
no, no: que no hable jamás.
Que le lleven al cadalso
con una mordaza puesta;
que no hable con nadie; en esta
hora cuanto diga es falso.

CÉSAR
Padre, sospecho ¡ay de mí!
que se os desvanece el juicio.

RODRIGO
Es obra de un maleficio.

CÉSAR
¿Os maleficiaron?

RODRIGO
Sí.

CÉSAR
¡Superstición!

RODRIGO
Ya lo ves;
Gabriel me malefició,
y él ha de morir o yo.
Ya firmó el rey; muera, pues.

CÉSAR
¡Padre!

RODRIGO
¡César!... ¡Hijo mío!

CÉSAR
¿Estáis delirando?

RODRIGO
¿Alguno
me escuchó acaso?

CÉSAR
Ninguno.

RODRIGO

(De mí propio desconfío.)

CÉSAR

Padre, algún mal os acosa;
tembláis..., estáis demudado.

RODRIGO

Algún vértigo; he velado
tantas noches de Espinosa
con el proceso maldito,
me ha dado tanto que hacer,
que en mí no estoy hasta ver
que de en medio me lo quito.
Mas no fue nada; pasó
ya, César. Veamos, pues,
los despachos de la Corte.

CÉSAR

Tomad: aquí los tenéis.

RODRIGO

Ésta es la consulta mía,
ésta la aprobación del
consejo; ésta la carta
de su majestad el rey;
¿y este otro pliego sellado
de quién es?

CÉSAR

Yo no lo sé;
me fue entregado en palacio
con todos ellos.

RODRIGO

¿Por quién?

CÉSAR

Por el rey mismo.

RODRIGO

A ver: ábrele.

CÉSAR

Una real orden.

RODRIGO

Pues lee.

CÉSAR (Leyendo.) «En nombre del rey.- Por la presente, pondréis en libertad en la hora en que la recibiereis, y sobreseyendo en su causa, si hubiereis procedido a formarla contra ella, a doña Aurora Espinosa, detenida y a vuestras órdenes en la cárcel de Madrigal; dejando disponer libremente de sí misma a dicha doña Aurora, como fuere su voluntad.- Madrid, etcétera.- A don Rodrigo de Santillana».

RODRIGO

¿En libertad? No comprendo tal orden del rey.

CÉSAR

Y está bien terminante.

RODRIGO

Y será cumplida. Sigue leyendo.

CÉSAR

Otro pliego para mí.

RODRIGO

Rompe la neta y aparta la cubierta. ¿Qué hay?

CÉSAR

Aquí viene un papel y otra carta.

RODRIGO

Lee.

CÉSAR

Dice el papel así:

(Lee.)

«En nombre del rey.- Otorgamos licencia para dejar el servicio de Su Majestad temporal o absolutamente, como más le conviniere, al capitán del primer tercio de Flandes, don César de Santillana».

RODRIGO

¿Y para qué?

CÉSAR
¿Qué sé yo?

RODRIGO
¿Tú no la has pedido?

CÉSAR
No.

RODRIGO
Sigue. (¿Qué es esto? ¡Ay de mí!)

CÉSAR (Lee.) «Y ordenamos al dicho capitán don César, por ser así del agrado de Su Majestad, conducir con todo honor y escoltar con toda seguridad, durante su viaje por tierra de sus dominios y mares guardados por su real marina, a doña Aurora de Espinosa, hasta ponerla sana y salva en estados de Venecia, por cuyo embajador ha sido reclamada, como hija adoptiva de la República Serenísima».

RODRIGO
¡Ira de Dios! Todo ahora
lo comprendo.

CÉSAR
¿Qué es, señor,
lo que comprendéis?

RODRIGO
Tu amor,
¡desventurado!, a esa Aurora.

CÉSAR
Es cierto: un amor profundo;
mas no os traiga con cuidado,
que es el más desesperado
que hubo jamás en el mundo,

RODRIGO
¿Lo ves? ¡Ah! También a ti
te han maleficiado; pero
responde, César. Yo quiero
saberlo ya todo; di.
Tú con ella en connivencia,
huir con seguridad
queriendo, su libertad
conseguiste y tu licencia.

CÉSAR

No, a fe mía.

RODRIGO

Sí, arrastrado
por sus sortilegios has
trabajado en contra mía
con temeridad impía
y en favor suyo.

CÉSAR

Jamás.

Que tuve siempre confieso
simpatía misteriosa
e interés por Espinosa,
pero no obré en su proceso.
Amé a Aurora, la amo aún;
mas mi pasión despechada
es imposible y no hay nada
entre los dos de común.
Mientras viva la amaré,
pero este amor solitario
de mi pecho en el santuario
sólo yo conservaré.

RODRIGO

¡Otro misterio!

CÉSAR

Tremendo
sin duda, padre, mas puede
conmigo, y mi brío cede
a su poder.

RODRIGO

No lo entiendo.

CÉSAR

Ni yo sé decir más de él
sino que Aurora, señor,
no nació para mi amor.

RODRIGO

¿Quién te ha dicho eso?

CÉSAR

Gabriel.

RODRIGO

¡Infeliz! Es su manceba.

CÉSAR

Quien tal os dijo ha mentido,
señor.

RODRIGO

Ella misma ha sido.

CÉSAR

¿Ella?

RODRIGO

En la primera prueba
del tormento.

CÉSAR

¡Cielo santo!
¿La habéis puesto en el tormento?

RODRIGO

Es débil y habló al momento.

CÉSAR

¡Me paraliza de espanto!
¿Qué abismo es éste de males
que por doquier nos circunda?
¡Qué trama ésta tan fecunda
de misterios!

RODRIGO

Los fatales
hilos de esa negra trama
tan sólo puede romper
la muerte, y hoy ha de ser.
Que mueran él y su dama.

CÉSAR

¡Imposible! Mintió.

RODRIGO

¿Quién?

CÉSAR

Ella; no puede tampoco
ser de Gabriel.

RODRIGO

¿Quieres loco
volverme?

CÉSAR

No. Sé muy bien
lo que digo: esa mujer
es prenda de una venganza;
sólo con esa esperanza
la conserva en su poder.

RODRIGO

¿Ella de venganza prenda
y en su poder? ¡Dios me asista!
De este arcano ante mi vista
se aclara la sima horrenda.
¡Hola!
(Toca la campanilla y entra un ALGUACIL.)
En libertad a Aurora
poned al punto y aquí
traedla. Escucha, ¡ay de mí!,
escucha, César, ahora
un secreto horrible; ese hombre
que no es nada y que lo es todo,
de quien de saber no hay modo
religión, patria ni nombre;
ese hombre a quien nada espanta,
cuya altivez nadie doma,
penitente humilde en Roma,
peregrino en Tierra Santa,
soldado en Flandes, marqués
en Madrid, corso en Venecia,
que alma y vida menosprecia
como al polvo de sus pies;
a quien no rinde el tormento
y cuyo espíritu fuerte
ve a un paso de sí la muerte
y se sonríe contento,
no es criatura, es fantasma;
no es vivo, es aparición,
quimera, ensueño, visión,
mas que de terror me pasma.

Es un hombre de otra edad;
un hombre que estando muerto
halló su sepulcro abierto
y huyó de la eternidad
mis pasos para seguir;
es la sombra de otro ser
que sale a la tierra a ver
nuestra sepultura abrir.

CÉSAR

¡Ay de mí! El continuo afán
del proceso de Gabriel
os hizo concebir de él
esas quimeras que están
trastornándoos la razón.

RODRIGO

Dices bien..., sí..., no comprendas
jamás las causas horrendas
de mi ruin superstición.

Escena VI

DON RODRIGO, DON CÉSAR, DOÑA AURORA.

AURORA

¡Libre!... Jamás esperé
que nos olvidara Dios;
(A DON CÉSAR.)
ni de haber fiado en vos
jamás me arrepentiré,
pues duda no queda en mí
de a quién debo, capitán,
la libertad que me dan,
cuando os vuelvo a ver aquí.

RODRIGO

Despeja. Escuchad, Aurora.

AURORA

¿Por qué le mandáis salir?

RODRIGO

Porque nadie debe oír

nuestras palabras ahora.

AURORA

¡Dios mío! ¿Qué extraño afán
os agita? ¿Es por ventura
mi libertad impostura?
¡Ah! No os vayáis, capitán;
quiere volverme tal vez
al tormento.

RODRIGO

Oíd os digo:
sois libre, y yo vuestro amigo.

AURORA

¿Cabe entre el reo y el juez
amistad? ¿Entre el verdugo
y la víctima? Jamás
os conoceré por más
que por juez.

RODRIGO

¡A Dios no plugo
que fuese de otra manera!
Mas acaso desde ahora
variéis de opinión, Aurora.
(Vuelve a DON CÉSAR, que permanece en pie junto a la puerta.)
¿Qué esperáis vos? Idos fuera.

(Vase DON CÉSAR.)

Escena VII

DON RODRIGO, DOÑA AURORA.

RODRIGO

Nada receléis de mí,
pobre niña. En libertad
estáis; vuestra voluntad
no tendrá ya coto aquí.
Serenaos, pues; oídme,
Aurora, y por cuanto améis
ruégoos que me contestéis
la verdad.

AURORA

Pues bien, decidme
vos en conciencia primero:
¿mi libertad se me dio
con la de Gabriel? Si no
es así yo no la quiero.

RODRIGO

Sólo depende de vos
la libertad; si un secreto
me aclaráis vos, os prometo
la libertad de los dos.

AURORA

¿Es mío sólo el secreto
que me pedís?

RODRIGO

Sí, en verdad.

AURORA

¿Y vale la libertad
de Gabriel?

RODRIGO

Me comprometo
a dársela.

AURORA

Preguntad.

RODRIGO

¿Qué tiempo hará que de Gabriel al lado
vivís?

AURORA

Desde muy niña.

RODRIGO

¿Y qué memoria
de vuestra infancia conserváis?

AURORA

Apenas
una vaga memoria me ha quedado

de aquellas horas al pesar ajenas.

RODRIGO

No espero yo que recordéis la historia
de vuestra infancia, cuya edad se olvida
pronto y muy fácilmente con las penas
o los placeres de la inquieta vida;
mas del lugar en donde habéis nacido
donde pasasteis los primeros años,
tendréis alguna idea.

AURORA

Muy confusa;
tal, que puedo decir que la he perdido
mezclándola después con mil extraños
recuerdos posteriores.

RODRIGO

¿De manera
que imposible os será, pues lo rehúsa
vuestra memoria ya, la más ligera
noticia dar de vuestra edad primera?

AURORA

Tan imposible no. ¿Quién en su mente
a un recuerdo infantil no da guarida?
¿Quién no vuelve los ojos tiernamente
hacia las puertas de oro de la vida?
¿Quién no recuerda en ocasión alguna
el pobre hogar o la lujosa estancia
cuya techumbre guareció en su infancia
el dulce sueño que gozó en la cuna?

RODRIGO

¿Vos recordáis ese lugar?

AURORA

Sin duda;
mas no por la virtud de mi memoria
sola; tan fiel en esa edad no cabe
tenerla. Sé de mi infantil historia
lo que fui recordando con ayuda
de la voz de Gabriel, que es quien la sabe.

RODRIGO

¿Gabriel la sabe?

AURORA
Sí.

RODRIGO
¿Y os la ha contado?

AURORA
Incompleta.

RODRIGO
(También la habrá engañado.)
Mas yo quiero saber sólo la idea
que hayáis vos en la mente conservado.

AURORA
Tengo, aunque muy confuso, algún recuerdo.

RODRIGO
¿De qué?

AURORA
De mil objetos.

RODRIGO
Aunque sea
en confusión, decídmelos.

AURORA
Me acuerdo
de una ribera donde yo cogía
yerbezuelas y conchas; del rugiente
mar, que sus ondas sin cesar mecía;
de un monasterio triste y solitario
fundado al pie de un monte, y vagamente
me acuerdo de la iglesia, con su coro
enverjado, sus techos con pinturas,
su altar lleno de flores, su sagrario
iluminado con mecheros de oro;
y me acuerdo también, porque me daban
miedo, de las inmóviles figuras;
de mármol que tendidas reposaban
encima de sus anchas sepulturas.

RODRIGO
¿Qué monasterio era ese?

AURORA
Era un convento
de monjas.

RODRIGO
¿Qué país?

AURORA
No lo he sabido
nunca.

RODRIGO
¿Jamás Gabriel os ha contado
lo que hacíais allí? ¿Quién conducido
os había a aquel claustro?

AURORA
No ha querido
decírmelo jamás; sé que aposento
tenía allí mi madre y que he pasado
los tres primeros años de mi vida
allí.

RODRIGO
¿Con ella?

AURORA
Sí.

RODRIGO
¿De vuestra madre
os ha hablado Gabriel?

AURORA
Mil y mil veces.

RODRIGO
¿La recuerda a menudo?

AURORA
No la olvida
jamás; y sé que en sus nocturnas preces
le reza como a mártir.

RODRIGO

¿Sabéis de ella
la historia, el nombre, la familia?

AURORA

Sé que fue un día festejada y bella
y luego escarnecida y ultrajada.
Sé que el relato de su triste historia
es una horrible e infernal leyenda
que conserva Gabriel en su memoria
de expiación y de venganza prenda.

RODRIGO

¿Y qué es lo que sabéis de ese relato
vos?

AURORA

Yo, nada tal vez y acaso todo;
porque sus hechos sé, mas nunca supe
ni las personas, ni el lugar, ni el modo.

GABRIEL

Pero, en fin, ¿qué sabéis de vuestra madre?

AURORA

Sé que era noble dama; que vivía
en la corte de un rey a quien la unía
una amistad profunda y verdadera;
que era para aquel rey casi una hermana,
pues juntos cuando niños se criaron
y fraternal amor constantemente
uno a otro los dos se conservaron.
Sé que era cuanto rica generosa,
y que el encanto de las gentes era
por su virtud y ciencia prodigiosa;
que el vulgo la quería,
la corte la admiraba
y con ella secretos no tenía
el rey, que como hermana la trataba.

RODRIGO

¿Mas ese rey?...

AURORA

Murió.

RODRIGO

¿Cómo?

AURORA

En la guerra;
y concluyó con él su dinastía,
y otro rey vino a gobernar su tierra,
y a otras manos pasó su monarquía.

RODRIGO

¿Y vuestra madre entonces?...

AURORA

Fue mirada
como enemiga del monarca nuevo,
y al fin de algunos meses acusada
de traición; por diabólica su ciencia
tomaron y la dieron por culpada,
diciendo que hizo creer que el rey vivía
no sé a quién, a favor de un sortilegio
mostrando a sus conjuros evocada
la aparición de su fantasma regio.

RODRIGO

¿Y después?

AURORA

¡Oh! Después..., eso es lo horrible
de la historia, señor. Se apoderaron
de ella, de su palacio, de su hacienda,
los vendieron, sus armas infamaron,
y ocupó un extranjero su vivienda,
y su nombre y su raza se olvidaron.

RODRIGO

¿Y ella?

AURORA

Como las hojas del otoño
desapareció de encima de la tierra,
y en ella más los hombres no pensaron,
sólo pensando en libertad y guerra.

RODRIGO

¿Pero vos?...

AURORA

No lo sé... Sé que mi madre,
pobre, triste, ofendida y no vengada,
en aquel solitario monasterio
tejía su existencia desdichada,
y yo existía ya, bajo el misterio
de aquellas santas bóvedas velada.

RODRIGO

¿Y luego?

AURORA

No sé más.

RODRIGO

¿Gabriel no os dijo
nada de vuestro padre?

AURORA

Le tenía
siempre por padre a él, y él me quería
más que el padre mejor quiere a su hijo.

RODRIGO

¿Pero cómo supisteis?...

AURORA

En su sueño
sorprendí su secreto; y como era
necesario su amor de una manera
u otra, el amor filial hallé pequeño,
y del amor de la mujer y el niño
formé para Gabriel solo un cariño.

RODRIGO

Pero al saber que vuestro padre no era,
¿no preguntasteis vos?...

AURORA

Quién era el mío.

RODRIGO

¿Y qué dijo Gabriel?

AURORA

Que él lo sabía,
mas que de él a acordarme no volviera,

porque mi amor filial no merecía.

RODRIGO

Siempre merece un padre...

AURORA

No lo ha sido
jamás el mío para mí.

RODRIGO

¡Aurora!

AURORA

¿Creéis que una razón me fue bastante
para echar su memoria en el olvido?
Insistí, porfié, lloré, y ahora
sé que nunca mi amor ha merecido,
Sé que me echó a la vida despojada
de su nombre, y sin pan y sin abrigo.
Sé que dejó a mi madre deshonrada,
en medio de la tierra abandonada
para llorar y perecer conmigo.

RODRIGO

¿Y creéis a Gabriel?

AURORA

¿Qué si le creo?
Es la verdad del cielo descendida;
su palabra es mi fe, y en esta vida
por su fe juzgo, por sus ojos veo.

RODRIGO

¿Nunca os dijo Gabriel nada en abono
de vuestro padre?

AURORA

Nada; y si lo hubiera,
yo sé bien que Gabriel me lo dijera.

RODRIGO

¿Es decir?...

AURORA

Que es mi padre y le perdono
como amor exigir de mí no quiera.

Mi madre, que al dolor ha sucumbido,
de Dios le aguarda ante el excelso trono.
Yo a quien sólo dio el ser nada le pido;
pero como él nos olvidó le olvido;
como él me abandonó, yo le abandono.

RODRIGO
¿Vive, pues?

AURORA
No lo sé.

RODRIGO
¿Mas si viviera?

AURORA
Como él no me buscó, no le buscara.

RODRIGO
¿Y si una vez en la vital carrera
con él os encontrarais?

AURORA
Le mirara
sin ira, mas la espalda le volviera.

RODRIGO
¿Y si al veros partir él os llamara?

AURORA
De su paterna voz no hiciera caso.

RODRIGO
¿Y si llorando el mísero os siguiera?

AURORA
Apresurara sin volverme el paso.

RODRIGO
Pero ¿y si os alcanzara y os asiera
de los vestidos él?

AURORA
Los rasgaría
dejándole en la mano los pedazos.

RODRIGO

¿Y si os tendiera sus paternos brazos?

AURORA

Su abrazo paternal rechazaría.

RODRIGO

¿Por qué?

AURORA

Porque mi padre todavía
no ha ido a orar sobre la tumba oscura
de mi madre, y Gabriel me dijo un día
que al querer abrazarnos se abriría
entre mi padre y yo su sepultura.

RODRIGO

¡Fatal superstición!

AURORA

Tal es la mía.

RODRIGO

(Tal es la ira de Dios. Es un misterio
impenetrable. Satanás me ciega
sin duda y nunca a comprenderlo llega
mi corazón ansioso.)

AURORA

He respondido
a cuanto preguntarme habéis querido,
señor; a vos os toca.

RODRIGO

¡Sí, a fe mía!

Vais a ver a Gabriel. (¡Oh!, sí; yo quiero
apurar este cáliz de agonía.)

(Abre la puerta que da al encierro de GABRIEL, mientras AURORA dice:)

AURORA

Libres al fin... Para Gabriel ahora
libre será mi corazón entero.

Escena VIII

DOÑA AURORA, DON RODRIGO, GABRIEL.

RODRIGO
(A GABRIEL.)
Espinosa.

GABRIEL
Heme aquí.

AURORA
(Viendo a GABRIEL.)
¡Gabriel!

GABRIEL
(Abrazándola.)
¡Aurora!
¡Infeliz! ¿Quién aquí te ha conducido?

AURORA
La libertad, Gabriel: libres estamos,
y cual juntos aquí nos han traído,
juntos espero que de aquí partamos

GABRIEL
(Pidiendo explicación de estas palabras de AURORA.)
¡Santillana!

RODRIGO
(Dándole la orden de su libertad.)
Leed.

AURORA
¿Ves?

GABRIEL
Lo comprendo
todo: la agitación de don Rodrigo,
de mi Aurora infeliz la fe tranquila...
¡He aquí el instante para mí tremendo!
La hora del martirio y del castigo.
Señor, Señor... mi espíritu vacila:
sostenedme hasta el fin..., ¡sed vos conmigo!

AURORA

¿Qué te agita, Gabriel?... Tu faz sombría,
tu palidez...

GABRIEL

Un poco conmovido
estoy, y es natural, Aurora mía.
Y también vos estáis descolorido,
Santillana...

RODRIGO

Espinosa, concluyamos.
Yo os llamé...

GABRIEL

No os canséis: el porqué entiendo.
¿A solas con Aurora habéis hablado?

RODRIGO

La historia de su madre me ha contado.

GABRIEL

Sólo para que a vos os la contara
se la he contado yo.

RODRIGO

Toda pretendo
saberla, pues.

GABRIEL

¡Curiosidad avara!

RODRIGO

Pero que vos satisfaceréis.

GABRIEL

Sin duda:
Mas puedeos ser satisfacción muy cara;
porque os advierto, juez, que he observado
que mis satisfacciones y respuestas,
por más que yo riendo os las he dado,
han sido siempre para vos funestas.

RODRIGO

Hablad... hablad.

GABRIEL

¡Si os empeñáis en eso!
Mas después de tres meses de proceso
no sé cómo no estáis escarmentado
de interrogarme ya.

RODRIGO

¡Siempre lo mismo!
Acabemos, Gabriel.

GABRIEL

Sí, concluyamos;
hora es de penetrar en este abismo.

RODRIGO

Descender quiero a él.

GABRIEL

Y yo os prometo
que lo haréis; el momento es oportuno.

RODRIGO

Decid, pues.

GABRIEL

Esperad, que este secreto
os pertenece a tres, y falta uno.
Llamad al capitán, que con vos debe
penetrarlo también.

(Llama RODRIGO y sale un ALGUACIL.)

¡Hola! Don César.

AURORA

¿Qué tienes, Gabriel mío? En tu semblante,
en tus palabras y ademanes noto
siniestra agitación.

GABRIEL

Aurora mía,
tu corazón amante
por mí no tenga la inquietud más leve;
a mis pesares Dios hoy pondrá coto
y ambos tendremos libertad en breve.
¿Tú no te olvidarás desde este día
de tu Gabriel?

AURORA

Jamás. ¿Eso preguntas?
Juntas caminarán nuestras dos vidas,
nuestras almas a Dios subirán juntas.

GABRIEL

Sí; ni la muerte las podrá un instante
mantener una de otra divididas.

AURORA

¡Dios! ¿A qué mientas la muerte ahora?

RODRIGO

Ya está aquí el capitán.

GABRIEL

Silencio, Aurora.

Escena IX

DOÑA AURORA, DON RODRIGO, GABRIEL, DON CÉSAR.

GABRIEL

¡Hola! Sed, capitán, muy bien venido.
Voy muy pronto a emprender un largo viaje
y un encargo dejaros he querido.

CÉSAR

¡Un viaje!

GABRIEL

Sí; estoy libre; me parece
que el portador de la orden habéis sido.

CÉSAR

(¡Ay de mí! La infeliz aún nada sabe.)

GABRIEL

Decidme, capitán, ¿me habéis traído
un pliego de Madrid?

CÉSAR

Tomadle.

GABRIEL

Bueno;
guardadlo por ahora. En esa carta.
de un gran misterio encontraréis la llave.

(A DON RODRIGO.)

Vos sois algo curioso y no me fío
de vos; sois padre y juez; os la confío,
capitán, sólo a vos. Cuando yo parta,
dádsele a vuestro padre y que la lea.
¿Me entendéis? Cuando parta: que no sea
ni un solo minuto antes.

CÉSAR

Os lo juro.

GABRIEL

Vuestra palabra sola es buen seguro.
Además, por si acaso no volvemos
a vernos, pues yo parto con Aurora
del mundo terrenal a otros extremos,
quiero un regalo haceros en memoria
de nuestro buen encuentro en esta vida,
que os será complemento de mi historia
y prenda de amistad y despedida.
(Saca del pecho un relicario que lleva al cuello con una cadena.)

RODRIGO

(Esa calma satánica me aterrera.)

AURORA

(Tiemblo no sé por qué.)

CÉSAR

(No es ser humano
quien así se despide de la tierra.)

GABRIEL

Tomad. Es, capitán, un amuleto
sagrado; don del Papa: un relicario:
que un *lignum crucis* venerado encierra
y guarda como el pliego otro secreto.
Con el respeto mismo que a un sagrario
contempladle, y lo mismo que la carta
se le daréis al juez... cuando yo parta.

(A DON RODRIGO.)

Abridlo sólo vos: es mi conciencia
y Dios sólo con vos sondarla debe;
en ella echad una ojeada breve
y reconoceréis la omnipotencia.
(Mas si un soplo hay en vos de fe cristiana,
esperad a que muera, Santillana.)
¡Ea! Ya que se acerca mi partida,
escuchad, señor juez, el cuento extraño
que queráis saber, y por mi vida
que oiréis una historia divertida.

RODRIGO
(Yo tiemblo.)

GABRIEL
Oídmeme, pues. La escena pasa
no importa el día, la estación, ni el año,
de noche, en Setubal, y en una casa.

RODRIGO
(¡Cielos!)

GABRIEL
Temblando estáis si no me engaño,
Santillana.

RODRIGO
Seguid.

GABRIEL
En hora buena.
En una alcoba cómoda, alumbrada
por una lamparilla perfumada
con asiático aroma, bien ajena
el alma de inquietud y bien guardado
por leales domésticos, el dueño
de aquella rica estancia descuidado
yacía en brazos de agradable sueño.
Era un hombre hartamente noble y poderoso
para que no tuviera por asilo
muy seguro su casa, y al reposo
se entregaba en su cámara tranquilo.
Una noche creyó sobresaltado,
a pesar de lo doble de la alfombra,
pasos del lecho percibir al lado.

Abrió los ojos y miró espantado
trazarse en la pared movible sombra:
volvió la faz y con la faz de seda
se tropezó de un hombre enmascarado.
Frío quedó, ¡como el cadáver queda!
«Levantaos», le dijo con acento
imperioso el incógnito; y vistióse
la bata que él le daba. «A este aposento
salid». Obedeció y enfrente hallóse
de dos hombres plantados a la puerta,
una dama como ellos encubierta
y un sacerdote pálido, y tenaces
sintió pesar sobre su frente yerta
las miradas ardientes y voraces
lanzadas a su frente descubierta
a través de los negros antifaces.
Entonces de estos hombres el primero,
de la sombría dama el velo alzando,
«¿la conocéis?», le dijo; y él temblando
«sí», respondió. «Pues bien, sed caballero»,
repuso el disfrazado; y avanzando
el grave sacerdote se dispuso
a unirle con la dama en matrimonio,
mientras el de la máscara se puso
a escribir en silencio el testimonio.
El despertado resistirse quiso,
pero su daga el disfrazado al pecho
le presentó y ceder le fue preciso;
firmó y el matrimonio quedó hecho.
Partió la dama y los demás con ella.
Mas quedóse el primer enmascarado
y dijo gravemente al despertado:
«Tenéis una mujer ilustre y bella,
gracias a mí y a vuestra buena estrella,
que os hizo viudo para ser casado;
le quitasteis la honra y habéis dado
nombre a sus hijos; mas seguid su huella
y morís, ¡os lo juro!, asesinado».
Dijo así el de la máscara y partióse
con los demás; y de la casa el dueño
en medio de la cámara quedóse
dudando si era realidad o sueño.

RODRIGO

Tremenda realidad.

GABRIEL

(Apartándole a un lado.)

Sí, don Rodrigo;
la dama, doña Inés, vos el casado.

RODRIGO

¿Y vos, señor?...

GABRIEL

El hombre enmascarado.

RODRIGO

Tal vez Dios permitió...

GABRIEL

Lo habéis soñado.

RODRIGO

¿Y si el sueño es verdad?

GABRIEL

Silencio, digo.

Que ellos no os oigan, que la faz no os vean;
sueño o verdad, que sepultados sean
con vos el sueño, la verdad conmigo.

RODRIGO

Pero mi alma concibe en este punto
que ese arcano fatal guardar podría
una verdad.

GABRIEL

Os dije que era asunto
concluido. Escuchadme: si yo fuera
el rey Don Sebastián, morir debía
por la quietud del reino, y mi alma entera
ser mártir a ser rey preferiría.
Si soy un impostor y perjudico
con mi existencia la quietud de España,
debo morir también, debo una hazaña
de mi impostura hacer y sacrificio
mi vida a sostener esta patraña
que mi historia desde hoy hará famosa.
¿Me comprendéis?

RODRIGO

Señor, yo no me atrevo
dudando...

GABRIEL

Ahogad la duda; morir debo
si no por Sebastián, por Espinosa,
y deben sepultarse, don Rodrigo,
con vos el sueño, la verdad conmigo.
No lo olvidéis.
(Vuelven al centro de la escena.)

AURORA

¿No sigues tu leyenda,
Gabriel? No está acabada.

GABRIEL

No por cierto;
para leer su conclusión horrenda
de vuestros ojos quitará una venda
el juez cuando haya el relicario abierto.

Escena X

GABRIEL, DOÑA AURORA, DON CÉSAR, DON RODRIGO, el DOCTOR N,
ALGUACILES. A la parte exterior de la puerta, SOLDADOS. Después, el VERDUGO.

ALGUACIL

Las seis.

GABRIEL

Partamos, pues.

AURORA

¡Virgen María!
Gabriel, ¿qué es esto?

GABRIEL

Mi destino, Aurora.

AURORA

¡Tu destino!... ¡Mi mente se extravía!

ALGUACIL

(Anunciando.)

El verdugo del rey.
(Se presenta el VERDUGO con el dogal en la mano.)

AURORA
¡Dios mío! ¡Ahora
lo comprendo! ¡Ay de mí!...
(Se desmaya en los brazos de DON CÉSAR, que la coloca en el sillón.)

CÉSAR
¡Mísera!

GABRIEL
El día
concluye. Vamos pues; me faltaría
valor para dejarla si volviera
en sí. Pronto, marchemos.

DOCTOR
(A GABRIEL, poniéndose a su lado.)
Vos conmigo.

GABRIEL
Es inútil.

DOCTOR
Mirad.

GABRIEL
Todo es en vano.

DOCTOR
¿Sin confesión iréis?

GABRIEL
Ha que os lo digo
cuatro semanas ya.

DOCTOR
¿No sois cristiano?

GABRIEL
Porque le soy, si a confesarme accedo
os tendré que decir lo que no puedo.
Velad por ella, capitán; se encierra
en ella sola cuanto amé en la tierra.

RODRIGO

Señor...

GABRIEL

No os fatiguéis; empresa es vana.
Llegó, rey o impostor, mi último día
y moriré cual debo, Santillana.
Si impostor, con impávida osadía,
y si rey, con fiereza soberana.
(Vase, y todos tras él.)

Escena XI

DON RODRIGO, DOÑA AURORA, DON CÉSAR.

RODRIGO

A concebir mi mente no se atreve
de la verdad el espantoso arcano.
Por ser y por no ser perecer debe,
sí; pero no mi desdichada mano
a ciegas al patíbulo le lleve.
César, dame esa joya.

CÉSAR

Cuando muera.

RODRIGO

Sepamos antes la verdad entera,
César.

CÉSAR

Padre, excusad vana porfía;
con su secreto perecer quería
y he de cumplir su voluntad postrera.

RODRIGO

¡César!

CÉSAR

Se lo juré

AURORA

(Volviendo en sí.)
¡Ay! ¿Quién hablaba

aquí? ¿Sois vos, don César? ¡Qué terrible pesadilla!

CÉSAR
(¡Infeliz!)

AURORA
Sí, yo soñaba
sin duda... ¡Eran quimeras! Mas... qué horrible sospecha! Ese silencio... Esa tristeza...
¿Qué sucede? ¡Ay de mí! Los pensamientos no acierto a combinar en mi cabeza.
¿Y Gabriel? Aquí estaba unos momentos hace. ¿Y Gabriel? Decid: ¿dónde está ahora?
¿Dónde está? Yo he soñado que venían por él. Mas ¡qué rumor!

(Ruido de voces dentro; DOÑA AURORA se abalanza a la ventana, que abre, a pesar de DON CÉSAR, que intenta impedirselo.)

CÉSAR
Tened, Aurora:
tened, no os asoméis.

AURORA
¡Ah! Me querían
engañar.
(Se asoma.)
Allí va.- Luces, soldados,
gente... ¡Ay! Yo veo, pero no concibo lo que veo... Me envuelve el pensamiento una niebla, un vapor calenturiento, y no sé comprender lo que percibo.
Allí va. ¿Pero dónde se le llevan sin mí? Se paran... ¡el afán me ahoga!
¿Qué palos son aquellos que se elevan allí? ¿Quién es aquel que con él sube?
¿Qué le ponen al cuello?... Es una soga.
¡Dios mío! Rasga la sangrienta nube que me ofusca la mente... Un sacerdote.
¡Ah! Le van a matar... ¡Desventurados, deteneos!... ¡Gabriel!... ¡Y yo, insensata, que lo miraba estúpida! Malvados, tened... Las manos sin oírme le ata...
(Volviéndose de repente a DON RODRIGO.)
Pero vos, ¡miserable!, que sois hombre,

venid... gritad... gritad, alma cobarde,
conmigo... ¡Deteneos! Santillana,
gritad; a mí no me oyen, ¡en el nombre
de Dios! Gritad...le quitan la escalera...
Gritad.

RODRIGO

Sí, que se salve aunque yo muera.
(Se acerca a la ventana y grita.)
¡En el nombre del rey!...

AURORA

(Cayendo de rodillas junto a la ventana.)
¡Ay! ¡Es ya tarde!

CÉSAR (

Dando el relicario a DON RODRIGO.)
Tomad: sepamos la verdad postrera.

(DON RODRIGO toma y abre con ansia el pliego y el relicario que le da DON CÉSAR. El relicario contiene un papel y un retrato envuelto; el pliego varios papeles. Lo primero que lee DON RODRIGO es el papel del relicario; después registra con ansia los papeles del pliego y después desenvuelve el retrato; todo con la mayor agitación y ansiedad. DOÑA AURORA permanece tinos momentos de rodillas y se acerca después al grupo que forman DON RODRIGO y DON CÉSAR.)

RODRIGO

(Leyendo.)
«En el nombre de Dios. Quienquier que fueres
juez, sacerdote o asesino, pena
de excomuni3n, después que lo leyeres
arroja al fuego este papel. El muerto
ha sido el rey Don Sebastián».

AURORA

¡A buena
hora lo ves, imbécil asesino!

RODRIGO

(Registrando el pliego.)
Mi firma. Una escritura..., mi contrato
de boda...
(Desenvuelve el retrato.)
Y ésta, doña Inés Aldino.

AURORA

(Quitándoselo.)
¡Mientes! Es de mi madre ese retrato.

RODRIGO
(Teniéndole los brazos.)
¡Hija mía!

AURORA
(Rechazándole.)
¿Tu hija?... Eso tan sólo
me faltaba. ¡Hija tuya! ¡Alucinarme
quieres con ese nombre! Mas el dolo
miserable comprendo. No lo intentes.
Tú no has podido la existencia darme.
Mientes, viejo feroz; dime que mientes.
Tú para que su muerte te perdone
me llamas hija tuya; mas te engañas;
nada hay en mí que tu maldad abone;
para ti sólo fray odio en mis entrañas.

RODRIGO
(De rodillas.)
¡Hija mía!

AURORA
¡Otra vez! No me lo digas,
no me lo expliques; comprender no quiero
que el ser infame que en tu seno abrigas
me pudo dar el ser. Muerta primero.

RODRIGO
(Asiéndola del vestido.)
¡Calla, hija mía!

AURORA
Suelta, no me sigas.

RODRIGO
¡Huyes de mí!

AURORA
Por siempre.

RODRIGO
¿Me abandonas?

AURORA

Como a mi madre tú.

RODRIGO

¿Nada en mi abono
te dice el corazón? Que me perdonas
dime.

AURORA

Mi madre contra ti ante el trono
de Dios venganza pide.

RODRIGO

¡Horrendo encono!

AURORA

Si eres mi padre tú, ¿por qué te extrañas
del infernal rencor que arde en mis venas?
La que tiene tu sangre en sus entrañas
sólo puede tener sangre de hienas.
Suéltame, pues, de tu sangrienta mano.
Mi padre era Gabriel, y su asesino
y el de mi madre, tú.

RODRIGO

Pero el destino
te une hoy a mí.

AURORA

(Desprendiéndose de él.)
Lo intentarás en vano.
Muerta mejor que a tu existencia unida.
Reniego, huyo de ti; mi ser olvida
y el nombre de hija que tan mal empleas;
y ¡ojalá que infeliz como yo seas!
Y ¡ojalá en mi lugar, fiero homicida,
de mi madre y Gabriel junto a ti veas
la doble aparición toda tu vida!

(DON RODRIGO cae desplomado. DOÑA AURORA se va por la puerta del fondo.
DON CÉSAR la sigue tristemente. Cae el telón.)

FIN